



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais



Área de Promoción de la Investigación

INFORME DE INVESTIGACIÓN

www.clacso.org

DISCURSOS RELACIONADOS A LAS MASCULINIDADES Y LA VIOLENCIA EN ADOLESCENTES ESCOLARIZADOS DE ASUNCION

Martín Negrete¹

Resumen

El presente trabajo de investigación pretende describir y analizar los diferentes discursos en torno a las masculinidades, las estrategias del ejercicio del poder y sus significados en un grupo de adolescentes varones escolarizados en la ciudad de Asunción. Para ello se realizó un estudio cualitativo de tipo exploratorio, la muestra fue por conveniencia (40 adolescentes). La información recolectada fue a través de entrevistas en grupo focales. El análisis de la información fue mediante el análisis de contenido, desde una perspectiva semántica y centrada en las narrativas. Los resultados muestran discursos orientados a "uno mismo" (deber ser) y a "los demás" (deber hacer), existiendo tensión entre ambas dimensiones. Se percibe ventajas y costos en cuanto a ser varón, y los costos son parte de la lucha constante en la conquista de una masculinidad que siempre está bajo sospecha. Los principales escenarios de masculinización percibidos son la familia y la institución educativa, y espacios alternativos como las calle. Los grupos de socialización son los padres/madres, y sobre todo el grupo de pares y las mujeres. El origen de la masculinidad se percibe como un proceso de aprendizaje (posición construccionista) y por resultado de la naturaleza (posición esencialista) y las dinámicas familiares se destaca la figura del varón: dominante, paternalista, democrática. En cuanto a las relaciones con los demás se destaca tipologías de expresión de la masculinidad: hegemónica/dominante, subordinada y flexible/democrática y con las mujeres una postura misógina, paternalista o equitativa. La violencia es percibida como reactiva, situacional y orientada a resultados. Atribución externa al fenómeno lo que dificulta la responsabilidad. Se concluye que estos discursos no son estáticos ni excluyentes, se solapan y se expresan de acuerdo a los contextos y las personas en él. La construcción de estas masculinidades se realiza dentro de una compleja red de interacciones y en relación a los otros evaluando constantemente ciertos atributos y en función a ello asumir una posición en el orden social, siendo el ejercicio de la violencia funcional al logro de estos objetivos.

Palabras claves: género, masculinidad, violencia, cualitativo

¹ Psicólogo y Master en Salud Pública. Investigador en temas de salud, sexualidad y género. Docente universitario.

1. INTRODUCCION

Este artículo es producto de un estudio exploratorio-descriptivo sobre la caracterización de los discursos relacionados a las masculinidades en un grupo de adolescentes varones escolarizados en la ciudad de Asunción, Paraguay.

Se pretende lograr un acercamiento a los procesos relacionados a la construcción, consolidación y expresión de las masculinidades desde las perspectivas de los entrevistados, así como analizar el rol que juega el poder y la violencia en este proceso de construcción identitario.

En primer lugar se detalla los aportes teóricos resumiendo las principales ideas acerca de las construcciones de género, desde una perspectiva sociocultural y constructivista. En este contexto, se ha utilizado entre otros, los aportes de Kaufman (1989); Badinter (1993) y Connell (1995, 1997, 1998,2007) complementado con algunos autores latinoamericanos y españoles (Lamas, 1995, 1996; Lomas, 2003; Olavarría, 2005; Viveros-Vigoya, 2013).

El planteamiento del problema parte del análisis acerca de un abordaje parcialista de los estudios de género como cuerpo teórico y práctica política. La producción académica y los programas de intervención desarrollados en base a las evidencias sobre las desigualdades de género han sido desarrolladas focalizando a solo una de las partes de la relación asimétrica entre los géneros: la mujer. Las masculinidades, tradicionalmente no han sido objeto de investigación de los denominados “estudios de género”. Se identifica claramente que la construcción de la masculinidad tradicional es un factor de riesgo para la violencia hacia las mujeres y otros grupos subordinados, sin embargo por la escasa producción académica sobre masculinidades y violencia se carece de evidencias a nivel local y acorde a contexto sociocultural nacional.

La evidencia muestra que las principales causas de muerte en los varones jóvenes en Paraguay son actos de violencia hacia los otros y hacia uno mismo (homicidio, suicidios, abuso de sustancias y accidentes de tránsito). Esto sugiere que la exposición a riesgos, la competitividad y la violencia como estrategia de solución de conflictos y control sobre el medio (atributos asociados con la masculinidad tradicional) sitúa a los varones a escenarios de alta vulnerabilidad para su salud. La construcción tradicional de la masculinidad en este sentido no sólo es una amenaza para las mujeres, sino para el mismo varón.

Por esta razón, se ha seleccionado a adolescentes varones ya que por el ciclo evolutivo que transitan es de interés para esta investigación describir los valores, roles, percepciones y significados que han sido introyectados en el proceso de socialización y de construcción de sus masculinidades.

En resumen, con este estudio, se pretende iniciar una línea de investigación sumamente escasa en Paraguay, cual es el estudio académico de las masculinidades, por otro lado a nivel práctico, resulta imprescindible generar conocimiento en torno a este fenómeno y generar alternativas válidas de desarrollo de masculinidades flexibles y ecológicas, que dejen de ser factores de riesgo para la salud y se conviertan en factores protectores y preventivos. Las asimetrías de género donde la violencia se nutre sólo pueden ser disminuidas con la participación de los varones como agentes activos y protagónicos del

cambio. La violencia es producto de estas desigualdades y de la construcción hegemónica de una masculinidad que utiliza la fuerza para perpetuar su control y dominio sobre los demás, sólo flexibilizando esta estructura se podrá comenzar a reflexionar y de-construir una masculinidad que no necesite de la violencia como elemento de construcción y validación de la propia identidad.

2. FUNDAMENTO TEORICO

Desde algunos años, la idea unívoca y binaria del sistema sexo-género el cual organiza los cuerpos e identidades sexuales en pares opuestos (macho-hembra; hombre-mujer; masculino-femenino) ha dado paso, de la mano de las Ciencias Sociales y significativamente en los estudios de género de la Antropología Social al cuestionamiento acerca de la falta de evidencia para respaldar esta hipótesis dicotómica, y a partir de ello, complejizar, relativizar y desnaturalizar la construcción y representación de la sexualidad en general y de los géneros en particular.

La categoría género en su acepción cultural se refiere al conjunto de prácticas, representaciones y prescripciones sociales que surgen entre los integrantes de un grupo humano en función de una simbolización de las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres. En este sentido, las desigualdades entre hombres y mujeres no están dadas por la esencia que se derivan de la realidad biológica, sino que se centra en una construcción simbólica que deriva en un sujeto relacional, filtrado por el género, es decir, hombres y mujeres no serían un reflejo de la “realidad” natural sino una construcción socio-cultural. Si bien, esta concepción permitió al feminismo romper el determinismo biológico que imprimía un “esencialismo” reduccionista y denunciar estas desigualdades como productos culturales, y por lo tanto aprendidos y modificables, a partir de los años 80, en un esfuerzo de “legitimidad académica” la categoría género paso a ser casi sinónimo de “mujer”, y los estudios de género pasaron a ser “estudios de la mujer”. En este sentido, Scott (1986) citado por Lamas (1996) aboga por el uso de la categoría género para designar las relaciones sociales entre los sexos, y que la información sobre las mujeres no es necesariamente información sobre los hombres, por otro lado, plantea que el género no sólo define dichas relaciones sino que en su núcleo mismo se encuentra la idea de la construcción y ejercicio del poder, es decir, que el género es el campo donde este poder se articula.

Construcción de lo masculino

En relación a la categoría de género “masculino”, esta resulta compleja al momento de conceptualizarla, ya que según varios autores, la “masculinidad” no sería una categoría única con una definición con límites claros y de aplicación universal, sino al contrario, la masculinidad como categoría de estudio estaría modificada por el contexto cultural, social, económica y política donde ésta se inscribe, y a su vez, atravesada por variables como la edad, etnia, posición social entre otros (Badinter, 1992; Connell, 1998). En este sentido habría que debatir sobre un concepto amplio y variado, sobre “masculinidades” más que sobre una sola e unívoca forma de ser varón, dejando de lado el esencialismo biológico como explicación y adoptando una concepción cultural e ideológica de lo que es “ser varón” y cómo esta concepción ideologizada justifica la dominación masculina sobre otras construcciones de género en las distintas culturas a través de la historia.

Otra característica de este sistema hegemónico es que para ser mantenido exige un alto costo no sólo para los grupos subordinados, sino para el mismo varón hegemónico. Siguiendo a Badinter (1993), la autora afirma que la construcción de la masculinidad tradicional exige un proceso de diferenciación y negación de todo lo femenino, es decir, un hombre se construye por oposición a lo femenino, y cuya identidad masculina debe ser constantemente demostrado mediante pruebas y exigencias que la mujer generalmente está exenta. Este conjunto de pruebas tiene como principal denominador la demostración de poder a través del ejercicio de la violencia. Otros autores siguen la línea de análisis de Badinter. Callirgos (2003) afirma “La masculinidad se adquiere en el proceso de diferenciación con la madre y el mundo femenino” (citado en Lomas, 2003:65), por otro lado, Stoller y Herdt mantienen que “la primera orden en la empresa de ser un hombre es no ser una mujer (citado en Nieto 2003:83). Por su parte Bonino (1997) afirma que existen tres creencias en cuanto a la identidad masculina: i) La autosuficiencia, entendida como quedarse solo y valerse por sí mismo; ii) La heroicidad, entendida como la competencia y el estar dispuesto a la guerra belicosa-deportiva y iii) la diferenciación, ser hombre es no ser mujer y es no ser igual que los que son menos hombres.

La masculinidad como factor de riesgo

La violencia es un fenómeno social asociado a las desigualdades y desequilibrio de poder en relación a la etnia, clase social, edad, sexo, género, orientación e identidad sexual entre otros. En las relaciones hombre-mujer, se observa una asimetría y cuya función relacional determina el estatus y poder que ejerce un género sobre el otro, en este caso, el hombre sobre la mujer, validado por el sistema patriarcal asimétrico y hegemónico.

La relación entre masculinidad y violencia se ha estudiado ampliamente desde la antropología, donde los ritos de iniciación (el paso de niño a varón adulto) han sido siempre asociados con proezas físicas, dolor y sacrificios observados en casi todas las culturas; prácticas inexistentes para las mujeres, cuya identidad se construye de forma diferente. Estas formas de violencia ritual e institucionalizada se inscriben en el cuerpo del otro y de uno mismo y son significados como señas de identidad, es decir, la identidad masculina debe ser demostrada constantemente.

En primer lugar, es necesario definir la denominada masculinidad tradicional que en determinados contextos puede trascender en como “hegemónica” sobre otras masculinidades. Ambos términos para algunos autores no son sinónimos (Connell, 1995; Kimmel, 1997; Viveros Vigoya 2003) ya que el primero (masculinidad tradicional) alude a los roles que una sociedad en particular atribuye o espera que sean realizadas por los varones (proveedor, protección, etc.), sin embargo, la segunda (masculinidad hegemónica) define un tipo de relación asimétrica entre los géneros y otros tipos de masculinidades. A decir de Connell (1995):

“(…) se puede definir (masculinidad hegemónica) como la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (p.43)

Siguiendo este orden de ideas, la construcción de la masculinidad hegemónica se basa en la relación a determinadas masculinidades subordinadas, así como la relación con las

mujeres. Para Goffman (1963) la masculinidad tradicional del varón norteamericano se basa en la necesidad de ser joven, sano, blanco, heterosexual, urbano, burgués, cristiano y con educación; cualquier identidad que no se ajuste al modelo llega a considerarse indigno, inacabado e inferior. En este caso, el género no sólo expresa los rasgos de una persona, sino que a través de un determinado proceso institucional y una dinámica de relaciones de poder define un orden social jerárquico, donde los hombres dominan sobre las mujeres y sobre otros hombres.

En este sentido, existe una relación íntima entre masculinidades, hegemonía y subordinación. Hegemonía, al decir de Gramsci (citado por Connell, 2003), se refiere a la dinámica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social, y en cierto grado, con la resignada aceptación de los grupos subordinados, y por subordinación en este contexto entendemos por las relaciones de dominación y control que ejercen los hombres sobre las mujeres y otros grupos subordinados. Para ello, la masculinidad hegemónica, para mantener este sistema opresor recurre a prácticas e ideologías basadas en la amenaza y la violencia: sexismo, heterosexismo, homofobia, clasismo, racismo entre otros.

Por lo expuesto hasta ahora, la violencia como ejercicio de control y poder ha sido relacionada con la construcción de la masculinidad tradicional, así, el varón, en cuanto a su construcción identitaria, sería en sí mismo un factor de riesgo relacionado a la violencia. Kaufman (1989) define como la “triada de la violencia” al uso de la violencia del varón adulto ejercido hacia las mujeres, los/as niños/as y a ellos mismos.

Siguiendo a Kaufman (1989), podemos observar que en Paraguay, se encontró que la violencia de género verbal es el tipo de violencia más prevalente (36%), seguido por la física (18%) y la sexual (5%). Un porcentaje importante sufren más de dos tipos de violencia (16,9%), es decir, 1 de cada 3 mujeres ha sido violentada verbalmente en el último año y 1 de cada 5 ha sido violentada por su pareja hombre en el mismo periodo de tiempo. (CEPEP, 2008). Por otro lado, las estadísticas muestran que los niños y niñas en su mayoría (61%) han sufrido algún tipo de maltrato por parte de sus padres o cuidadores, y en relación al género, los niños tienden a ser castigados físicamente más frecuentemente que las niñas e identificándose una relación entre la violencia de género ejercida por el padre hacia la madre y el maltrato infantil. (BECA, 2010)

En relación a indicadores de salud, el consumo y abuso del alcohol y tabaco es más prevalente en varones, y esto está asociado a una mayor tasa (x 100 mil habitantes) de muertes por accidentes de tránsito (30 en varones contra 7 en mujeres); muertes violentas por suicidio (5 en varones y 2,1 en mujeres) y homicidios (17,7 en varones y 2,1 en mujeres). (MSPBS, 2011, 2012). En estos resultados se observa la presencia de la violencia hacia los demás (contra las mujeres, maltrato infantil, homicidios) y hacia uno mismo (abuso de alcohol, tabaco y muertes por accidente de tránsito). Por otro lado, estos indicadores muestran una desproporción en la carga de enfermedad y muerte en el grupo de varones en relación a las mujeres.

Otros discursos acerca de las masculinidades

Sin embargo, la violencia no necesariamente un elemento definitorio en la construcción de las masculinidades. Ostegui (1999) introduce la reflexión acerca de los diferentes discursos y prácticas que se articulaban alrededor la antigua noción del “macho”, el cual, durante el siglo XX se ha encontrado en declive generando una suerte de temor y

angustia entre los hombres y que en algunos casos generan una respuesta violenta en defensa de los viejos estereotipos. A pesar que en las últimas décadas, en Occidente se ha iniciado un debate crítico y contestatario acerca de los modelos hegemónicos de masculinidad, y si bien aún no se perfilan alternativas claramente especificadas, en este contexto, no pocos hombres han encontrado nuevas maneras de mirar lo masculino y a partir de ello nuevas formas de relacionarse.

En un estudio sobre factores relacionados a la construcción de género en adolescentes en Paraguay, se encontró que los distintos “tipos” de imágenes de género asociados a los proyectos de vida de los adolescentes condicionan sus percepciones acerca de los roles de género y sus conductas en relación al género opuesto. Los adolescentes con una percepción “tradicional” del género tendían a manifestar ideas estereotipadas del rol de la mujer e identificaban “ventajas” de la masculinidad sobre todo relacionadas al ejercicio del poder y la libertad sexual, y por el otro lado, los adolescentes con una percepción “moderna” reproducían ideas de “igualdad” y desestimaban el rol de la biología en la construcción de la masculinidad y priorizaban el papel de la cultura mediante el proceso de socialización, en especial en las familias donde las ideas de “superioridad masculina” eran impuestas (Miño-Worobiej, 2008).

Retomando a Connell (1997), el autor afirma que la masculinidad hegemónica necesita de un estatus de dominación sobre las demás “masculinidades”, donde exista un consenso tácito que reconozca a esta masculinidad hegemónica como dominante de las demás. En este sentido el autor identifica otras masculinidades que juegan este papel y sostienen el estatus hegemónico de este tipo de construcción de la masculinidad: i) masculinidad subordinada; ii) masculinidad marginal y iii) masculinidad cómplice.

La masculinidad *subordinada* se sitúa alejada del ideal masculino tradicional, una suerte de masculinidades incompletas, inmaduras o relacionadas a “lo femenino”, encarnada tradicionalmente en Occidente por la figura del hombre homosexual. La masculinidad *marginada* alude a aquellos hombres excluidos socialmente y que tienen acceso restringido al poder y finalmente las masculinidades *cómplices* serían aquellas que si bien replican casi todos los patrones hegemónicos pero que no gozan de un alto estatus social y económico.

Contexto cultural e histórico en Paraguay

El Paraguay es un país bilingüe, donde el castellano y el guaraní comparten el estatus de lenguas oficiales. Sin duda, esta riqueza cultural heredada de los antiguos guaraníes que poblaron estas tierras ha sido también un elemento de análisis y reflexión desde los estudios de género, sobre todo para dilucidar algunos elementos que han dado origen y forma al denominado “machismo paraguayo”.

En Paraguay cerca del 77% de la población habla guaraní, o una deformación del mismo denominado “*jopara*” (mezcla) el cual es una suerte de combinación con el castellano, sin embargo más del 20% de la población el guaraní sigue siendo su lengua materna y de uso exclusivo.

La cultura guaraní, no escapó de prácticas sexistas y esto se refleja en su lengua, el cual al decir de Wittgenstein “los límites de *mi* lenguaje son los límites de *mi* mundo”, es decir, la realidad no es otra cosa que una representación del pensamiento expresada mediante el lenguaje, no es una realidad en sí misma sino una imagen expresada mediante el acto lingüístico. Bajo esta premisa, el guaraní denota y expresa una

representación del género misógina al menos a nivel del imaginario popular. El término en guaraní para denominar a la mujer es “*kuña*” que según su traducción literal significaría “lengua del diablo” y en contraposición, la palabra para definir hombre es “*kuimbae*” que significaría “dueño de su lengua”. En un estudio clásico sobre el significado de los dichos populares en guarní, denominados “*ñe’ẽnga*” se representa a la mujer de forma negativa y hasta denigrante, contribuyendo a su baja autoestima e invisibilidad en la actividad pública. Algunos ejemplos de ello: “*Kuña una horante ijuicio un diape*” (A la mujer le dura la sensatez solo una hora al día); “*Kuña ha mburika, reinupáramomante oiko*” (la mujer y la mula, solo pegándoles andan bien); “*Pava ha mitakuña hakuguintema ochia*” (la pava y las chicas chillan, si alborotan es porque están calientes), entre otras. (Dávalos, 1987. En: Enfoques de mujer, GEMPA/CPES, Año 2, marzo 1987, pp.28-29).

En una entrevista a la historiadora Ana Barreto, había manifestado que un fenómeno muy particular de la sociedad paraguaya es el “machismo”, el cual es reproducido tanto por hombres como por mujeres

"Como investigadora creo que si se pudiese hablar de un machismo histórico, término bastante difícil ya que los estudios de la historia de las mujeres deben comprender el análisis tanto de la masculinidad reinante como de la femineidad resultante. Si hay una época en la que esto se pone de manifiesto, yo creo que es en la posguerra y a finales del siglo XIX, cuando las ideas de un modelo de cultura europeo entraron a la fuerza por medio de las páginas de los muchos periódicos que circulaban y de las costumbres adoptadas por la élite asuncena"

La historiadora en la cita anterior, introduce un evento que sin dudas marcó la historia del país: La Guerra de la Triple Alianza (1865-1870). El País sostuvo el conflicto bélico con Brasil, Argentina y Uruguay, el más grande de la historia Latinoamericana. El Paraguay, luego de 5 años de contienda, fue devastado, sus industrias destruidas, el 20% de su territorio perdido y más de un millón de personas muertas (cerca del 50% de su población en esa época), en su mayoría hombres, sobreviviendo solo mujeres, niños y algunos ancianos. En un artículo publicado en 2009 por el Diario el País de Madrid, la periodista Verónica Calderón, citando a la antropóloga Patricia Kluck, especialista en América Latina de la Universidad de Maryland (EEUU), afirmaba que en dicho contexto histórico, “esta sociedad de pocos hombres reafirmó el machismo”. El varón se transformó en un ser tan escaso, y por lo tanto enormemente valorado. La reproducción se convirtió en casi un deber nacional, donde según Kluck, la “promiscuidad” fue asumida como una vía de supervivencia. "La ilegitimidad no era un lastre social si el hijo conocía el nombre de su padre y, menos aún, si era reconocido"

No existen estudios sobre masculinidades durante el siglo XX en Paraguay, sin embargo a nivel histórico y social es importante destacar la influencia que ha tenido la dictadura militar de Alfredo Stroessner (1954-1989), la más extensa de Latinoamérica. Las características del periodo dictatorial han sido sin dudas una exacerbación del nacionalismo, la alianza político-militar y una lucha frontal contra todo lo denominado subversivo, que en el pensamiento estronista estaba encarnado por el comunismo principalmente, y en forma particular por un obsesivo desprecio hacia las minorías sexuales. Durante los 35 años de dictadura se conocieron episodios de persecución del estado a las personas gays, lesbianas y trans, los cuales eran perseguidos y detenidos de forma arbitraria y sometidos muchas veces a tortura en los centros de detenciones del

régimen. En este contexto social y político, la represión y el miedo jugaron un papel importante en el control social del pueblo.

Ya al inicio de la década de 1990, posterior a la caída de la dictadura y el inicio de la transición democrática, es el escenario propicio para el surgimiento de los movimientos sociales, en especial del feminismo paraguayo cuyas ideas se difunden masivamente y la temática cobra un interés desconocido hasta entonces. Si bien estos espacios de reflexión y debate surgieron al inicio en espacios urbanos de clase media intelectual, de a poco fue permeando los diferentes estratos sociales y sectores, reclamando derechos y mayor espacio de participación para las mujeres en los ámbitos sociales y políticos. Sin embargo, y a pesar de las grandes conquistas de movimiento feminista paraguayo, este proceso de reflexión, análisis y práctica política no ha tenido como partícipe a la figura del varón como aliado.

En un reciente estudio sobre el abordaje de género en las políticas de VIH en Paraguay, se ha encontrado que tanto en organismos estatales y de la sociedad civil existe una aproximación teórica hacia los estudios de género desde el feminismo de los 80 y 90 principalmente, sin embargo, la mayoría de las instituciones entrevistadas se identificaba una conciencia creciente de la importancia de incluir a lo “masculino” como categoría e análisis y reflexión en los estudios de género, y no reducir esto último sólo a lo femenino. Sin embargo, a pesar del discurso amplio e integral de género, a nivel de las prácticas el abordaje es solo reducido al componente femenino. No se identificaron políticas, planes, programas o proyectos orientados al abordaje de género desde las masculinidades. (Luciano, D. y Negrete, M. 2013)

Adolescencia y colegio como institución masculinizadora

Por lo expuesto hasta aquí, la definición de “masculinidad” no puede ser una noción cerrada ni estática, al contrario, es una construcción que adquiere significancia en distintas épocas, contextos y edades. En este último, la masculinidad como identidad en constante construcción y reafirmación sugiere un proceso que se extiende a lo largo de la vida de los varones. Olavarría (2005) asume que la adolescencia y juventud son etapas claves en la formación y reafirmación de las identidades masculinas:

(...) los varones tienen que demostrar que ya no son niños ni ‘mujercitas’, donde la masculinidad hegemónica adquiriría su expresión más desenfadada y a veces brutal de lo que es ser ‘hombre’. Es la etapa de las pruebas, de los ritos de iniciación que permiten a un varón ‘ser hombre’. Aquello que ha sido caracterizado como ‘de la naturaleza de los hombres’, de su corporeidad, sería internalizado por los adolescentes/jóvenes como ‘lo masculino’. En esta etapa se fortalecería la homofobia, el sexismo y el heterosexismo y se harían demostraciones de ello ejerciendo violencia sobre aquellos/as que ‘la naturaleza’ ha resuelto que son inferiores, débiles, pasivos, afeminados. Es el momento de demostrar que los varones son ‘verdaderamente hombres’ (p.53)

Por otro lado, la construcción de la masculinidad sobre todo en la niñez, adolescencia y juventud no podría ser comprendida sin el análisis de cuatro factores que según Fuller (1997) son fundacionales en el proceso de construcción de las identidades de género: i) los discursos (ciencia, religión, filosofía, etc.); ii) las representaciones de género; iii) las instituciones de socialización (familia, pares, colegio, iglesia, medios de comunicación,

etc.) y iv) las relaciones sociales donde los actores reproducen las representaciones de género.

Volviendo a la definición de masculinidad hegemónica de Connell (1997, en Lomas 2003), la cual se interpreta como una construcción colectiva (en relación a las otras masculinidades ya citadas y en oposición a lo femenino), sería una masculinidad triunfante sobre las demás, sin embargo frágil, por lo que esta hegemonía debe ser contantemente reafirmada, perpetuada y negociada. En este sentido, necesita (entre otros elementos) instituciones de socialización masculinizadoras y en el contexto de la presente investigación, la familia, los pares y la institución educativa jugarían un rol fundamental en la construcción de dicha masculinidad.

De acuerdo a la Ley General de Educación, los paraguayos deberían cumplir con los 12 años de educación formal (Educación inicial, Educación Escolar Básica y Educación Media), esto quiere decir si se cumple con todo el proceso educativo cada paraguayo pasaría entre el 16% (varones) y el 15% (mujeres) de sus vidas en una institución educativa, de acuerdo a la expectativa de vida en ambos sexos (hombres 74 años y mujeres 19 años). Sin dudas, la escuela y el colegio juegan un papel fundamental en el proceso no sólo educativo, sino de socialización de los roles de género imperantes en la cultura paraguaya.

Según Swain (2004): “Las escuelas son inevitablemente jerárquicas, crean y mantienen relaciones de dominación y subordinación, el ejercicio de ciertas ordenes en términos de poder y prestigio definen su régimen de género” (p. 170).

Las condiciones socioeconómicas, culturales, históricas y políticas definen el régimen de género en las instituciones educativas.

En Paraguay antes del 1989 (caída de la dictadura militar) era común que los principales colegios nacionales sean de solo de mujeres o varones, los cuales se regían por férreas disciplinas cuasi militares, al igual que la mayoría de los colegios privados religiosos. Luego de la caída del régimen autoritario y el inicio de la reforma educativa en 1991, se inició un proceso de modernización de la educación basada en un abordaje constructivista donde de forma paulatina las instituciones deberían pasar a un régimen mixto. Si bien uno de los principios de la Reforma Educativa fue el abordaje de género a nivel de la política educativa, en la práctica es común identificar en todos los niveles prácticas poco sensibles al género: la mayoría de los docentes a nivel inicial y primario son mujeres, a nivel de educación media, las materia “duras” (economía, física, química, matemática, etc.) son desarrolladas por profesores varones en cambio las materias sociales y de la salud por profesoras mujeres. A nivel de los alumnos /as, se conservan prácticas tradicionales como al división en filas por género, actividades extracurriculares diferenciadas (talleres de electricidad, carpintería y mecánica para varones y talleres de música, danza y teatro para las mujeres) o la separación en género en las clases de educación física, con disciplinas deportivas diferenciadas.

En este contexto, resulta importante para la presente investigación, la reflexión acerca del rol de las instituciones educativas como agentes socializadoras de la relaciones de género.

3. OBJETIVOS DEL ESTUDIO

El objetivo general del presente estudio es describir y analizar los discursos relacionados a la construcción, la vivencia y expresión de las masculinidades, así como, las estrategias del ejercicio del poder y sus significados en un grupo de adolescentes varones escolarizados en la ciudad de Asunción. Se busca además, explorar los diferentes significados que los adolescentes entrevistados otorgan al hecho de ser varones y como esto se construye en diferentes escenarios y en relación a otros actores sociales. Finalmente, se pretende analizar el rol del poder y la violencia en este proceso de construcción identitario.

A nivel práctico, los hallazgos del estudio están orientados a generar evidencias que sirvan de insumos para reflexionar sobre la influencia y consecuencias de los diferentes discursos en torno a las masculinidades en la vida de las mujeres y los propios varones y que a partir de ahí, faciliten la formulación de políticas públicas de equidad con la participación protagónica de los varones como actores claves del cambio. Finalmente es fundamental iniciar y fortalecer una línea de investigación dentro de los estudios de género focalizado en las masculinidades en Paraguay.

4. METODOLOGIA

El presente estudio se enmarca en un paradigma eminentemente cualitativo, lo que permite profundizar en el fenómeno de estudio. Siguiendo una tradición fenomenológica-hermenéutica se busca reproducir los significados presentes en los discursos que los sujetos construyen a partir de la experiencia subjetiva de ser hombres. Para ello, y a falta de suficientes estudios previos sobre la temática, se propone un estudio exploratorio, ya que se pretende abordar un fenómeno poco conocido y donde existen aún muchos vacíos en el conocimiento, y por otro lado descriptivo ya que se busca conocer los significados, procesos y estructuras que los sujetos de estudio asignan al fenómeno de interés (el “como” del fenómeno). El rol del investigador fue no participante y el nivel de participación de los sujetos fue como informantes.

La muestra está conformada por 40 adolescentes varones entre 16 y 18 años matriculados en 4 centros educativos de Asunción, dos privados y dos público. El tipo de muestreo es por conveniencia ya que los sujetos fueron seleccionados por el investigador de acuerdo a la disponibilidad y la voluntariedad de los mismos. Por otro lado el muestreo es intencionado y razonado, además de acumulativo (alcanzar la saturación de la información), flexible y reflexivo.

Para la recogida de información, se optó por una técnica conversacional a través de entrevistas en grupos focales. Dado el objetivo del estudio, la entrevista por grupo focal es útil para conocer la construcción simbólica colectiva y la representación normativa de un fenómeno social, además de aportar sobre el nivel profundo de significación y actuación individual. Los textos de los adolescentes tienen, como cualquier discurso, un carácter polisémico, es decir, múltiples significados, y por lo tanto distintas posibilidades de lectura e interpretación. Para el efecto se diseñó un guión de entrevista con las variables de interés de acuerdo a los objetivos del estudio.

El tipo de análisis utilizado fue el análisis de narrativo del contenido, esto permite describir e interpretar los contenidos manifiestos de los discursos captados por el investigador

Toda la información obtenida fue anonimizada y se respetó la confidencialidad de los datos en todo momento.

5. RESULTADOS

La muestra estuvo conformada por 40 adolescentes varones de 16 a 18 años cursando la educación media, divididos en cuatro instituciones de enseñanza ubicados en Asunción, dos colegios públicos y dos privados. Todos los estudiantes residentes en Asunción y Gran Asunción. Si bien los estudiantes provienen de diferentes estratos socioeconómicos, el presente estudio no realizó un análisis profundo de las diferencias en relación a los discursos en torno a la masculinidad basados en esta variable sociodemográfica, más bien la exposición de resultados de focaliza en los discursos y relatos comunes en la mayoría de los varones entrevistados. Los discursos en torno a la construcción, vivencia y expresión de las masculinidades adquiere una línea secuencial que transcurre desde lo macro (contextos, escenarios, grupos de socialización) hasta lo más micro (vivencia subjetiva de ser varón en el “mundo y con los demás”). La exposición de los resultados inicia con una descripción de los escenarios y grupos de socialización de las masculinidades, posteriormente el análisis se focaliza en aspectos subjetivos relacionados a la vivencia de ser varón, en términos de expectativas, roles y mandatos (deber ser) y por otro lado, focalizando los aspectos relacionales con otros varones y con mujeres (deber hacer). Finalmente, y como eje transversal se encuentra los conceptos de poder, control y violencia como elementos ordenadores de las jerarquías de relaciones que configuran un orden social establecido, donde las diferentes expresiones de las masculinidades que van emergiendo a través del contenido de los discursos, adquieren diferentes estatus determinado por la presencia o ausencia de un conjunto de atributos que condicionan el lugar jerárquico que cada sujeto irá ocupando en este orden social masculino, los cuales son descritos a lo largo del presente artículo.

En este sentido, es importante para los fines de esta investigación caracterizar los diferentes discursos que emergen de los adolescentes varones y que configuran la manera como sus masculinidades se han construidas, modeladas y como éstas se expresan en relación al mundo y a los demás. Para ello se ha recurrido a marcos teóricos que han ayudado a realizar una lectura crítica de los resultados del estudio, desde una perspectiva constructivista y relacional.

Escenarios, grupos de socialización y construcción de las masculinidades

La mayoría de los estudiantes, tanto los de instituciones privadas como públicas, identifican dos escenarios fundamentales y fundacionales en relación a la introyección de las imágenes y representaciones de género. En primer lugar, la familia en cuanto espacio de socialización es reconocida como el primer escenario donde los entrevistados “aprendieron” lo que es ser hombre y mujer, mediante un complejo sistema de crianza basado en las diferencias de género: *“Es casa siempre los varones teníamos mayor libertad que las mujeres [...] podíamos salir solos o quedarnos a dormir en casa de un compañero, a mis hermanas casi nunca les daban ese permiso”* (E5, colegio público); *“Mamá siempre pedía que acompañe a mi hermana mayor cuando salía con su novio, para cuidarla me decía”* (risas), (E22, colegio privado).

Se identifica un elemento común en los relatos citados arriba: la creencia de que el varón llegada a una edad determinada, tendría mayor autonomía, control y responsabilidad para realizar actividades sin una tutela externa es una creencia muy extendida entre los entrevistados, caso contrario ocurre con las hermanas, que ante la ausencia de los padres/tutores adultos, esta responsabilidad generalmente es transferida al hermano varón, aunque éste sea menor edad. Este discurso de tipo “paternalista”, como se verá a lo largo del presente artículo, vuelve a repetirse de forma continua a través del trayecto de vida de estos adolescentes y que en muchos casos será reproducido en la vida adulta en sus relaciones de pareja.

Sin duda, uno de los agentes primarios de socialización es la familia, independientemente de la estructura de la misma, la cual operativiza de alguna forma las expectativas sociales y culturales de como “deben ser y comportarse” un varón y una mujer. En este sentido, se identificó discursos diferenciados en relación al origen mismo de la masculinidad: “*Para mí la figura del papa es fundamental, uno aprende a ser “hombre” con el ejemplo (del padre o de alguna figura masculina que cumple con dicho rol)*” (E 11, colegio privado); “*Yo soy hijo de mamá soltera y salí hombre igual [...] uno nace así (hombre) y no se puede cambiar*” (E 26, colegio público); “*Yo me siento hombre desde que tengo memoria*” (E31, colegio público).

En estas citas se identifican dos elementos, por un lado la presencia de una figura paterna encarnada de un padre-varón por lo general, el cual juega un rol fundamental en el proceso de socialización del varón. Por otro lado, en el segundo relato, se alude al carácter natural de la masculinidad, que aún ante la ausencia de una figura paterna representada en un varón, ésta surge, dando lugar a una creencia de lo innato e a-histórico de la misma. La masculinidad en este caso sería algo que deviene por sí sola, y la familia (aún con estructuras poco favorables) sería el escenario natural donde esa masculinidad se desarrolla, divorciada de aspectos sociales, culturales e históricos.

Ambos relatos connotan creencias diferentes acerca de cómo “lo masculino” se origina y se forja. Por un lado, se encuentra el papel de la familia como agente socializador, siendo un espacio donde se reproducen las expectativas, normas, roles y pautas de comportamiento que la sociedad dominante considera propias de un varón, emergiendo la figura del padre como modelo necesario y suficiente para que esta masculinidad sea incorporada. En otro sentido, se entiende que la masculinidad es una “esencia innata” dada por la biología, y la familia sólo refuerza y encamina esta masculinidad que ya viene dada en su origen.

A pesar de las diferencias discursivas en relación al origen de la masculinidad, los discursos de ambos grupos vuelven a solaparse en un punto. Existe el consenso que la masculinidad se funda en la familia, pero se consolida y se expresa en la institución educativa y con los pares. Origen y consolidación de la masculinidad son percibidos como procesos distintos y llevados a cabo en escenarios diferenciados: “*Hay cosas que uno no puede compartir con su viejo (padre) pero si con los compañeros [...] con los amigos se aprende muchas cosas (risas)*” (E17, colegio privado); “*Cuando era más chico pasaba todo el día en casa con mis hermanos, ahora con 16 años me gusta estar más con mis amigos [...] uno realmente aprende a ser hombre en la calle más que en la casa*” (E28, colegio público).

La mayoría de los adolescentes han identificado claramente dos espacios diferenciados donde su identidad de género es desarrollada, uno privado que da origen a lo masculino (familia) y otro espacio público donde esta masculinidad es probada, fortalecida y consolidada (el colegio y/o la calle, y en ambos con la participación de los pares).

Como se ha visto, las masculinidades no se originan de forma unívoca y espontánea, sino que como construcciones inacabadas y en un continuo proceso de formación está sujeto a transformaciones a lo largo del ciclo vital de los varones, desde la vivencia de la infancia hasta la vida adulta.

El “deber ser”. Mandatos, atributos y expectativas

En los discursos de los entrevistados se identifica una tensión entre el “ser” (identidad masculina como destino biológico) y el “deber ser” (expectativas sociales y culturales acerca de cómo un varón debe comportarse): *“Ser hombre es más que nacer así (hombre biológico), vos tenés que estar siempre mostrando tu hombría a los demás, sino te pasan por encima o te comienzan a tentar (cuestionar la masculinidad, generalmente asociándolos como rasgos homosexuales) (E29, colegio público); “Uno a cada momento tiene que estar demostrando que es hombre-hombre” (E17, colegio privado).*

En ambos textos citados arriba, se identifican dos aspectos comunes, por un lado, la masculinidad o la “hombría” es un “algo” que se construye y no está dado por el solo hecho del dato biológico (macho) y por otro lado, este proceso de construcción implica un esfuerzo orientado a la conquista de una masculinidad que contantemente está bajo sospecha. La definición de “*hombre-hombre*” de unos de los entrevistados, ejemplificaría lo expuesto. La primera palabra “hombre” aludiría al componente biológico/anatómico del macho, pero el cual como dato biológico no sería suficiente para alcanzar el estatus de un verdadero hombre, el cual pertenece y solo cobra sentido en un contexto social y cultural determinado, en cambio, la segunda palabra “hombre” completaría este proceso, ya que sumaría al hecho biológico (condición necesaria, pero no suficiente) el componente cultural el cual se basa en un consenso que determina quién sería un “verdadero hombre”. Siguiendo este orden de ideas, el varón no es algo que se “es” *per se*, sino más bien algo que se “hace” en relación a los otros.

Esta última reflexión acerca del carácter relacional de la categoría género, nos introduce a la idea que el género en general, y la masculinidad en particular sólo puede ser entendido y analizado en relación a otro, es decir, las masculinidades sólo adquieren sentido en un conjunto de relaciones. Bajo esta lógica, los adolescentes entrevistados identifican claramente una serie de ventajas y desventajas de ser varones, en términos de beneficios/costos, reflexión que irá emergiendo en diferentes apartados del presente artículo.

El hecho de ser varón es percibido como una ventaja en sí mismo pero esta ventaja comparativa en relación a las mujeres significaría un elevado costo: *“Hay muchas ventajas en realidad (de ser varón en relación a ser mujer), lo primero es la libertad de poder hacer cosas que las chicas no pueden [...] salir, tomar, usar el auto, llevar la llave de la casa” (E2, colegio privado); “Te respetan más [...] y a nivel sexual también tenés más libertad” (E23, colegio público); “Tenés más oportunidades de trabajo y generalmente se gana más dinero” (E23, colegio público).*

Las ventajas percibidas de “ser hombre” en un sistema patriarcal parecen obvias para muchos de estos adolescentes, independientemente de su contexto social. La mayoría asociaba la masculinidad con la capacidad productiva (ganar más dinero), la libertad y autonomía que se interpreta como mayor capacidad de control sobre el ambiente y las relaciones.

A estas ventajas comparativas, se suman una serie de “costos” que estarían vinculados con el privilegio de ser varones. La libertad y autonomía como beneficios inherentes a lo masculino se ha identificado en gran parte de los relatos de los informantes, pero esta libertad no estaría exenta de una lucha para su conquista y perpetuación. La libertad y la autonomía no devienen sino que son conquistadas mediante una serie de estrategias aprendidas orientadas a la demostración contante de atributos relacionados con la masculinidad (fuerza, control, independencia). En los relatos se observan de forma consistente la alusión del alcohol y el cigarrillo (y en menor medida el consumo de drogas no legales) como poderosos medios de socialización entre pares y como una suerte de ruptura con la infancia y la entrada a la adolescencia. El consumo de estas sustancias se inicia casi exclusivamente en contextos grupales, donde el adolescente debe demostrar que es parte del grupo adoptando las reglas sociales del mismo, en caso contrario, estos podrían ser severamente censurados y excluidos del grupo de referencia: *“Cuando salimos a farrear (salir de fiestas o juerga) si o si tenés que tomar, sino te comienzan a hinchar (burlarse o molestar) y no da gusto”* (E37, colegio público).

Otro aspecto fundacional en el proceso de construcción de la masculinidad es sin duda el ejercicio de la sexualidad, la cual es interpretada como una frontera entre el niño y el adulto, que de forma ineludible debe ser traspasada, una suerte de ritual de iniciación que todo adolescente debe realizar. Si bien esta normativa sería instrumentalizada posteriormente como un medio de poder sobre las mujeres, en primera instancia es interpretada como un ejercicio de control sobre el propio cuerpo mediante una serie de prácticas sexuales exploratorias que incluyen la masturbación solitaria e inclusive la participación de otros varones mediante la socialización de historias de contenido erótico o sexual: *“La masturbación para mi es importante porque así vos conoces mejor tu cuerpo [...] te prepararás para después tener tu primera relación (sexual)”* (E30, colegio público); *“En realidad casi siempre cuando nos juntamos (con los amigos) se habla de eso (sexo) [...] pero muchos son bola (mentirosos) porque se hacen de los ídolos pero sabemos que no pasa nada (risas)”* (E2, colegio privado).

En los discursos constantemente se identifican relatos de contenido sexual como una manifestación más de la libertad y autonomía a ser conquistada, aunque esto sólo quede en el relato y no tenga un correlato en la realidad. En este contexto, el relato cumple esta función (al igual que el inicio en el alcohol y el cigarrillo) como ritual de iniciación a la vida adulta. Así, más allá de la consumación o no del acto sexual, el relato de experiencias sexuales socializado con los pares cuyo contenido mayormente se encuentra divorciado de connotaciones afectivas y focalizado más en la práctica en sí, cumpliría la función simbólica de situar al interlocutor en un escenario donde las expectativas del grupo sean llenadas. En este contexto, la sexualidad como práctica consumada o como relato ficticio sería funcional al logro de ese objetivo.

“El deber hacer”. Relaciones de poder y construcción de las masculinidades en relación a los demás

Como se había referido en el marco teórico, la categoría género analizada en este estudio adquiere fundamentalmente una connotación relacional. Bajo esta lógica, todo el análisis iniciado a partir de los discursos relacionados al “sí mismo” (al varón como centro de reflexión), concluye con la reflexión acerca de la masculinidad en relación, es decir, la construcción y expresión de esta categoría relacionado a las demás construcciones de género e identidades (mi masculinidad en relación al “otro”).

Primer escenario relacional: Las Familias

El primer escenario relacional que emerge del relato de los adolescentes es la familia. Se identifica, en principio, tres tipos de estructuras familiares: familia monoparentales (donde la madre es jefa de hogar); familias nucleares (formado por padre, madre y hermanos/as, donde el padre funge de jefe de familia) y familias ensambladas (formadas por segundas parejas la cual uno o ambos miembros de la actual pareja tiene uno o varios hijos/as de uniones anteriores). Los entrevistados de colegio públicos reportaban mayor prevalencia de familias mono parentales y nucleares; los de colegios privados, nucleares y ensambladas. En la descripción de las familias nucleares y ensambladas se identifica claramente la figura masculina presente y provista de autoridad (y autoritarismo en algunos casos), en las monoparentales, el rol de la mujer es presentada como una mujer-padre (proveedora, disciplinaria, autoritaria), resaltando este aspecto inclusive por sobre el rol de madre tradicional (cuidadora, protectora, nutricia): *“En casa mi mamá hace de papá y mamá”* (E33, colegio público).

En relación a la dinámica familiar, basados en los roles entre los miembros, se observa una diversidad de discursos que abarcan desde el polo más conservador/autoritario a uno más flexible. Se ha visto que en relación a la estructura, los entrevistados perciben la necesidad de una figura de autoridad esencialmente masculina la cual es ejercida de diferentes maneras. Algunos entrevistados describen esta figura con admiración y respeto, sobrevalorando la figura de un padre poderoso, vinculado al control y poder y a la supervivencia de la familia. *“Yo y mis hermanos le debemos todo a nuestro papa, él trabaja hasta fines de semana para que a nosotros no nos falte nada”* (E38, colegio público); otros han destacada la autoridad del padre ejercida a través de la violencia, donde los relatos están desprovisto de contenidos afectivos y de intimidad con estas figuras, el poder es ejercido mediante la violencia psicológica, física y simbólica y los hijos se subordinan a este poder con una importante cuota de temor más que de respeto y admiración como el caso anterior. *“En casa el que manda en papa, siempre fue así, no se puede ni respirar si no te da permiso [...] si muchas veces me pega, bueno, me pegaba cuando era más chico, ahora ya no porque casi no le doy motivos”* (E27, colegio público); *“El (padre) siempre te putea de onda (sin razón aparente) [...] cuando esta así le digo Si-Si nomás, sino se arma un quilombo (lio, conflicto, problema grave)”* (E15, colegio privado); y por último, emerge una descripción de esta figura en términos de intimidación y afectividad. La autoridad en este caso se gana y no es impuesta. El poder se ejerce por medio de contratos tácitos o ejerciendo la persuasión, donde los miembros de la familia consensuan y se adhieren a las decisiones de la mayoría. El varón es un facilitador de procesos más que una fuente de autoridad per se. Es el relato menos prevalente de todas las entrevistas. *“Es casa casi siempre se toma las decisiones en familia, y gana la mayoría”* (E13, colegio privado); *“Papá siempre nos aconseja, pero no nos obliga [...] al final siempre terminamos haciendo lo que nos dice porque siempre nos convence”* (E30, colegio público).

A partir de los contenidos de los relatos descritos se ha construido tres modelos de socialización de la masculinidad en el seno de los diferentes tipos de familias de los entrevistados.

Cuadro 1. Modelos del ejercicio de la masculinidad en el contexto familiar

Modelo	Características	Emociones relacionadas por parte del adolescente
Masculinidad hegemónica Figura paterna autoritaria	La figura del varón-padre ejerce la autoridad mediante el poder, la coerción y en algunos casos la violencia. El dominio de esta figura está fuera de discusión y debate	La subordinación de los demás miembros de la familia está motivada por el temor y por evitar conflictos mayores
Masculinidad paternalista-proveedora Figura paterna trabajadora y proveedora	La figura masculina es percibida como proveedora y protectora, donde el poder se ejerce mediante la dependencia económica de los demás miembros del grupo y donde la figura paternal es investida con atributos casi heroicos (todo lo que tengo y soy es fruto de su sacrificio y esfuerzo).	La emoción asociada a esta figura es la admiración y el respeto
Masculinidad democrática-facilitadora Figura paterna cercana y empática	La figura masculina obtiene su autoridad mediante el ejercicio del poder como agente facilitador y promotor de la participación de todos los miembros de la familia.	Se crea un clima de confianza donde se la figura de autoridad expresa emociones y se permite mostrar vulnerabilidades ejerciendo un modelo para los demás miembros del grupo

Estos elementos discursivos relacionados a las dinámicas familiares muestran la presencia unívoca de una figura masculina, aun cuando ésta esté ausente, los roles que le son propios en último caso serán ejecutados por una madre que cumplirá el rol de padre también. Existiría un principio masculino que ordena y da sentido a la estructura y dinámica familiar. También es importante destacar que estas configuraciones descritas modelan las relaciones de los adolescentes con sus diferentes figuras significativas de su entorno social (grupos de pares, maestros, parejas, etc.).

Los procesos de socialización en la familia tendrían un correlato con las diferentes maneras de consolidar y expresar las diferentes masculinidades que irán surgiendo a lo largo del ciclo vital de estos adolescentes, en especial en el proceso de socialización con los pares (otros varones) en contextos sociales públicos (colegio, calle, etc.) y que se describen en el siguiente apartado.

Segundo Escenario Relacional: “Aquí entre nos”, diferentes maneras de ser hombres en relación a otros hombres

Los entrevistados identifican claramente qué características son valoradas positivamente y otorgan beneficios en las relaciones sociales. Esta percepción de poseer o no ciertos atributos los motiva contantemente a evaluar su medio ambiente social, y de acuerdo a las circunstancias moldear su comportamiento negociando el uso del poder o cederlo para salvaguardar alguna posición en este orden social masculino. Se observa que existen algunos marcadores que fungen de estímulos discriminativos y comunican que conducta realizar y que posición en el grupo social asumir, algunos de estos marcadores son: **a) Aspecto físico:** los cuerpos trabajados y atléticos, asociado con la juventud, la salud, fortaleza, el deporte y la competencia son los más valorados, cuerpos que no cumplan con estos parámetros serán vistos como débiles y poco viriles: *“los más populares suelen ser los más atractivos”* (E12, colegio privado); **b) Estatus social:** el lugar de residencia, el tipo de colegio, la ropa, el tipo de celular y otros marcadores económicos también configuran una red de poder y de estatus entre los adolescentes. Generalmente el compañero que tiene acceso a un auto es considerado un compañero “popular”, ya que estaría asociado a cierto estatus socioeconómico e independencia y asociarse a éste significaría beneficios para el resto del grupo “el que tiene coche decide donde ir y a quien buscar”: *“Famoso los que tiene coche o pileta en sus casas [...] todos quieren ser sus amigos”* (E18, colegio privado) ; **c) Asertividad:** el extrovertido y el sociable (en especial con el género opuesto), el que tiene poder de persuasión, el que ostenta una inteligencia racional y posee una estilo de comunicación asertiva es percibido como un líder “nato”, posee autoridad entre los miembros de su grupo sin necesidad de llegar al autoritarismo para consensuar posturas. Defiende sus opiniones y derechos sin utilizar la agresión y no se subordina ante la ostentación de poder el otro: *“Las chicas casi siempre les gustan más los tipos tranquilos, que no se meten en conflictos, que solucionan los problemas hablando con inteligencia digamos”* (E30, colegio público). Puede no cumplir con los atributos anteriormente citados pero estas habilidades sociales suplen de alguna forma la popularidad que el aspecto físico y el estatus económico otorgan. Por el contrario, la timidez, la introversión, la falta de habilidades sociales, el temor a asumir riesgos son poco valorados y los que poseen estas características marginados y en algunos casos objetos de burlas y agresiones; **d) Altruismo:** el altruista sería aquel sujeto que antepone los intereses de los demás antes que el propio, está movido por la empatía y es capaz de reconocer las emociones del otro y expresar las suyas sin temor, está relacionado con valores como la solidaridad y el sacrificio: *“están los más tímidos y estudiosos [...] no se quieren meter en problemas pero los perros (grupos de amigos) siempre le farrean (molestan)”* (E19, colegio privado), y respondiendo la cita anterior *“[...] y por eso siempre tratan se ayudar a todo el mundo y aliarse a los más fuertes para que nadie les hinche (moleste)”* (E12, colegio privado) ; **e) Agresividad y violencia:** El agresivo utiliza la fuerza como medio de intimidación el cual personifica el rol del “chico problema”. Estos poseen un largo historial de infracciones, expulsiones de colegios, antecedentes de peleas y conductas disruptivas tanto en la familia como en la institución educativa. Estos adolescentes son vistos más con temor que con respeto, y es justamente este efecto que genera en los demás los que le otorga este poder sobre su entorno: *“Están también lo famosos quilomberos (los que hacen líos) [...] a veces se pasan de la raya y son muy violentos, buscan pelea siempre [...] la gente no les quiere pero no hacen nada porque les tiene miedo”* (E34, colegio público)

Los sujetos que no muestren o demuestren estos atributos se los sitúan en los márgenes de este orden social, como toda construcción de género en nuestra cultura se construye por oposición, en este caso también estos atributos simplemente de los posee o no: el que no posee un aspecto físico atractivo es el “feo” o el “gordo”; el que no posee un estatus socioeconómico elevado es el “pobre” o el “rata”; el que no posee habilidades sociales es el “tímido”, “el bobo” o el “aburrido”, el que no posee fuerza y agresividad es el “débil”, “el cobarde” o el “maricón”

Estos atributos descritos se podrían agrupar en tres tipologías generales de masculinidades. En ningún caso esta taxonomía pretende estática y excluyente, más bien posee una función descriptiva y cobra significado sólo en un contexto físico y social determinado

Cuadro 2. Tipologías generales de expresión de las masculinidades en adolescentes entrevistados a partir de los discursos analizados

Tipología	Atributos presentes	Descripción
Masculinidad hegemónica	Aspectos físico Estatus Social Violencia y control	Sus características serían la competencia, los deportes, solidez del grupo, amistad férrea y cómplice, uso chistes y burlas como medio de control, uso explícito de la violencia como medio coacción, poder y control
Masculinidad subordinada	Altruismo	Carente de todos los atributos relacionados con la masculinidad hegemónica lo cual los sitúa en las márgenes del orden social establecido, sin embargo como único atributo percibido como “positivo” por parte del hegemónico y el cual sería un requisito para evitar la marginación total es el “altruismo”. Esta categoría estaría conformada por los tranquilos, estudiosos, aislados, tímidos, los que evitan conflictos huyendo o a veces aliándose con los hegemónicos
Masculinidad flexible	Asertividad y Competencia Social	Los adolescentes inscriptos en esta categoría se caracterizan por la inteligencia, buena relación con las chicas y profesores, y con la familia, artísticos más que deportes, solidario. Tienden a defender a los subordinados

Esta tipología de formas de comportarse originadas a partir de los atributos y características ya citadas determinarían una posición dentro del grupo social de pares, que va de un continuo desde el polo más hegemónico vinculado con la ejercicio del poder mediante la violencia, pasando por un punto medio donde la asertividad sería la característica principal y finalmente el polo de subordinación donde la estrategia para

evitar la marginación sería la alianza con los que ostentan el poder y la negociación de tutela por parte de los líderes más positivos y con autoridad ante el grupo.

Esta relación entre los diferentes tipos de masculinidades expresadas se ha observado también en la dinámica de los grupos focales realizados. La mayoría de los relatos aquí expuestos provienen de un grupo reducido de jóvenes, que con mayor espontaneidad y seguridad expresaban sus opiniones ante las preguntas del entrevistador, hasta el punto de tener que solicitar, en algunos casos, que dieran lugar a otras opiniones, sobre todo de los más callados y menos participativos. Estos últimos, asumían un rol de observador y estaban expectantes ante el “permiso” del entrevistador para poder participar. A pesar de los esfuerzos del entrevistador para lograr mayor participación, se logró escuchar pocas opiniones disidentes al grupo que asumió cierto control y dominio de la dinámica del grupo. Ante la solicitud del entrevistador de opinar sobre algún tema, muchos de ellos sólo acotaban un breve y conciso “*Opino igual que*” o “*No tengo nada nuevo que decir [...] ya se dijo todo*”. En estos relatos, y sumado a las conductas no verbales emitidas (postura corporal, tono de voz, contacto ocular, etc.) se identifica una subordinación ante un grupo pequeño pero claramente identificado de compañeros que habían asumido el control de la entrevista y que expresaba un tipo de relación, no solo en el momento de dicha entrevista si no que se extendía a toda la dinámica de relación institucional.

Esta dinámica de asumir el control/poder o de cederlo se observa en todo momento, cuando se habla y cuando no, en las miradas, las posturas, las distancias asumidas, en lo que se dice y en lo que se calla. Una intrincada red de relaciones que tiene lugar en la institución de enseñanza, los cuales se ensayan y negocian en espacios públicos como el aula, el patio de recreo, la cancha de fútbol y otros deportes, y cuyo desempeño en cada uno de estos escenarios y mediante los atributos descritos con anterioridad, van configurando una compleja red de poder que determina un orden social establecido de forma tácita.

La homofobia como estrategia masculinizadora

Otro elemento que emerge en los discursos de los adolescentes es el fantasma de la homosexualidad el cual acecha contantemente y que pone en duda una masculinidad en construcción, y por lo tanto aún frágil. La sospecha homosexual recae en todo varón, y para demostrar lo contrario se debe acudir al auxilio de una serie de prácticas y discursos disciplinarios para regularizar la heterosexualidad en las diferentes masculinidades: “*A los que se le farrea más (molesta) son a los muy maricones (afeminados) [...] a los que no se le nota nadie le hace caso*” (E25, colegio público). En este caso, el objeto de disciplina y censura no es la orientación sexual per se, sino una expresión de género no sujeta a la expectativa social de cómo debe comportarse un “verdadero” varón. Mientras “no se note”, el sujeto homosexual podría negociar una relativa estabilidad dentro del orden social masculino establecido.

Otra forma solapada de disciplinar por situarse a los márgenes de la heteronormatividad es mediante el uso del humor. Para gran parte de los entrevistados, las bromas y chistes acerca de la sexualidad de los compañeros es una prueba más que todo varón debe pasar: “*Siempre se hacen chistes sobre eso (homosexualidad) a mí también me hinchan (molestan) a veces pero no tenés que picharte (enojarte) sino es por*” (E15, colegio privado), inclusive algunos ni siquiera perciben esta práctica como violencia “*violencia*

es cuando te insultan, pero aquí siempre te joden por eso, es normal y tenés que tomarlo con humor” (E5, colegio privado). Sin embargo, otros si ven claramente el contenido violento escondidos en los aparentemente inocentes chistes homofóbicos: *“Claro que es ofensivo [...] muchos compañeros son acosado todo el día por eso”* (E27, colegio público)

A nivel discursivo, gran parte de los dichos populares y en especial los canticos de las hinchadas durante las competencias deportivas tiene un carácter netamente homoerótico-sexual: *“Le rompimos el culo”*; *“Tenés que usar vaselina”*, *“La tiene adentro”*; *“No se van a poder sentar”*. Cuando el entrevistador hizo notar este carácter sexual en el contenido de estas expresiones (literalmente hace alusión a un acto sexual entre dos hombres, donde uno asume el rol activo y penetra a otro que asume el rol pasivo). Los estudiantes quedaron perplejos ante esta interpretación, lo cuales algunos respondieron con risas y otros con evidente ansiedad e incomodidad. Para resolver esta incomoda contradicción los entrevistados afirmaron que estos dichos son: *“una forma de decir nomas”* (E25, colegio público), que *“así siempre fue”* (E12, colegio privado) y que *“lo que se quiere decir es que el otro queda como humillado, pero a nivel de su orgullo no de su cuerpo”* (E21, colegio público). Se observa como estas expresiones si bien contienen un contenido abiertamente homoerótico/sexual, a nivel de la práctica, es decir, la función que cumple es abiertamente homofóbica ya que busca humillar, denigrar y/o descalificar al oponente

En otros casos, se observa la integración de compañeros abiertamente gay, pero cuya asimilación está dada por una negociación con el grupo dominante, donde se pacta una subordinación representada por el rol del *“buen compañero”* (E18, colegio privado); o el que *“no molesta a nadie y el que ayuda siempre”*; el que *“está pendiente de todos”* (E10, colegio público). En este contexto, la masculinidad “altruista” y subordinada al grupo dominante es la que algunos varones gay asumirían como un medio de sobrevivencia en un ambiente social hostil.

Por último, y como voces alternativas y disidentes están algunos pocos relatos que muestran una visión pluralista y respetuosa a la diversidad sexual: *“Ser gay no tiene nada de malo, en el curso hay compañeros abiertamente gay y la mayoría le respetamos [...] realmente es injusto que le hagan bullying por ser gay”* (E27, colegio público); *“Más de una vez ya me peleé con tipos de otros cursos por defender a mi compañero (gay) [...] por eso a veces hablan de mí, pero no me importa”* (E18, colegio privado).

Cuadro 3. Discursos en relación a varones gay por parte de los adolescentes entrevistados

Discursos relacionados a mujeres	Descripción
Homofóbico	Se caracteriza por el ejercicio de la violencia en sus diferentes matices, desde lo más explícito (<i>bullying</i> homofóbico) a lo más sutil (bromas y chistes) pero en todos los casos con un claro objetivo disciplinador, así como una estrategia más de consolidar una masculinidad hegemónica
Paternalista	No se percibe una violencia explícita ni discursos excluyentes, sin embargo el sujeto homosexual es percibido como un varón débil y dependiente que debe ser encausado o protegido, y todos los casos debe asumir una postura sumisa y subordinada a los que ostentan el poder dentro del grupo.
Pluralista	No sólo se tolera sino que en algunos casos hasta se acepta y celebra la diversidad. Esta diversidad es percibida como una riqueza y no como una amenaza.

Tercer escenario relacional: “Ni tan juntos ni tan separados”, relación con mujeres

En relación a las mujeres, la posición asumida resulta ambigua; por un lado los textos analizados muestran contenidos misóginos, donde i) se destaca la subordinación de la mujer en ciertos escenarios y contextos y una visión estereotipada de los roles femeninos: “*Para mi este tema de la liberación femenina no es tan bueno [...] las chicas están muy locas, hacen lo que quieren y se hacen de fama [...] no van a conseguir un novio serio así, a los muchachos les gustan más recatadas para sus novias, no a una bandida*” (E13, colegio privado) , por otro lado, ii) una visión paternalista, la cual equipara lo femenino a lo infantil destacando rasgos emotivos que resta “madurez” en muchas de sus acciones: “*Hay que reconocer que algunas veces las mujeres no están preparadas para algunas cosas, por ejemplo, cuando una compañera lidera una grupo de trabajo tarda años para tomar una decisión, porque a veces quiere que todos participen y quedar bien con todo el mundo* (E31, colegio público); “*A veces hay que usar más la cabeza y tomar decisiones ya aunque algunos se enojen!*” (E35, colegio público). En este último caso, nótese la figura del varón como un complemento racional y pragmático necesario para la solución de problemas. Por último, en algunos casos se escuchan voces disidentes a estos discursos más tradicionales, donde iii) se valora la equidad en la desigualdad. Las diferencias entre géneros son valoradas como una riqueza y la equidad en oportunidades como un derecho: “*Los hombres y las mujeres cumplen funciones diferentes, pero por eso ninguno es más que el otro [...] tenemos los mismo derechos y obligaciones*” (E18, colegio privado).

Cuadro 4. Discursos en relación a las mujeres por parte de los adolescentes entrevistados

Discursos relacionados a mujeres	Descripción
Misógino	Se destaca la subordinación de las mujeres y donde el poder y control son medios para perpetuar dicha sujeción al varón
Paternalista	Aparentemente desprovisto de violencia, sin embargo interpreta lo femenino como inmaduro e infantil, el cual necesita la guía racional y madura de un hombre
Equitativo	En este caso, al menos a nivel discursivo se valora y celebra la equidad entre ambos géneros como valores a alcanzar en la sociedad. Se focaliza la idea de la desigualdad entre los géneros como riqueza y no como destino

En relación a la violencia hacia la mujer, ésta es enérgicamente rechazada y censurada por todos, sin excepción del tipo de grupo. Aquí nuevamente se define violencia hacia la mujer en función al daño objetivo que se produce. Otros tipos de acciones de control, ejercicio del poder o subordinación no son percibidos como violencia, existiendo una ceguera a esa interpretación: *“No todo es violencia tampoco [...] por ejemplo si una papa controla mucho a su hija es porque se preocupa por ella y sabe que hay muchos peligros afuera”* (E5, colegio privado). Al explorar el sujeto que se esconde detrás del “peligro fuera”, se identificó que dicho sujeto no es más que otro varón. En este caso, la mujer entra en una paradoja, por un lado debe cuidarse de todos los varones de “afuera” (que tienen intenciones no del todo nobles) negociando esa protección con sujetos del mismo género del cual debe cuidarse.

Las relaciones con mujeres sin duda refuerzan los intentos de reafirmar una masculinidad hegemónica, el cual es funcional a la confirmación de la heterosexualidad, pilar indiscutido en la formación de la identidad de todo varón y cuyo fantasma (homosexualidad) debe ser desterrado. En esta empresa de heterosexualización de la masculinidad, el rol y la presencia de las mujeres es absolutamente necesario: *“Obviamente los que ya tienen pendeja (novia o pareja femenina) son más populares”* (E17, colegio privado); *“Eso del que come callado come dos veces no funciona entre los muchachos (risas) [...] si no contás no existís más o menos”* (E21, colegio público).

Poder, control y violencia como ejes transversales y ordenadores de la jerarquía social masculina

Un elemento discursivo que se repita de forma constante, y cuya presencia es reconocible en los diferentes escenarios relacionales que emergen de los relatos de los entrevistados, es una alusión directa o implícita al ejercicio del poder mediante la instrumentalización de la violencia en sus diferentes manifestaciones.

En primer término, se evidencia una percepción de la violencia sesgada y polarizada, es decir, para los adolescentes, violencia sería cualquier acción que condujese a algún tipo de daño objetivo y visible, sea físico o psicológico. Otros tipos de violencia en este

sentido (simbólica, estructural, institucional, etc.) al no originar tan visibles consecuencias, no son percibidos como tales. Existe una suerte de “puntos ciegos” que impiden percibir de forma integral este fenómeno por parte de los adolescentes entrevistados: *“Violencia para mi es cuando alguien hace daño a propósito (intencionado) a otra persona”* (E35, colegio público); *“violencia es cuando existe golpes, insultos, humillaciones”* (E3, colegio privado).

En el lenguaje de los entrevistados, al solicitarles que describiesen actos de violencia en los cuales habrían sido partícipes u observadores, se identifica una descripción racionalizada del hecho, mencionando episodios aislados sin contextualizarlos. Las descripciones tienen una estructura lógica lineal de tipo acción-reacción, justificando de alguna manera la acción violenta. En este sentido, esta excesiva racionalización lleva a conclusiones simplistas que sitúan al agente agresor como víctima de circunstancias que en último caso han propiciado dicha reacción, dicho de otro modo, el acto violento siempre tiene un evento desencadenante próximo y una consecuencia inmediata la cual se articula en una cadena de sucesos condicionado por el “momento” y divorciado de factores históricos, sociales y culturales: *“Cuando alguien reacciona mal (con violencia) es porque algo lo ocasionó”* (E21, colegio público); *“Yo no digo que esté bien (actuar violentamente), pero a veces cuando ya se probó de todo es la única manera de actuar”* (E12, colegio privado); *“Yo siento que la violencia se justifica como para defenderte [...] no le puedes decir al tipo que te va a garrotear ‘Perdón señor, hablemos del problema y vamos a encontrar una solución` (risas)”* (E18, colegio privado).

Este lenguaje utilizado para nombrar la violencia también es funcional, es decir, la violencia en cuanto a actos está orientada a la obtención de resultados en el medio social. Se ha explorado los beneficios y perjuicios percibidos en los entrevistados en relación al ejercicio de la violencia. El fin último de esta instrumentalización de la violencia es la necesidad de obtener algún beneficio o evitar alguna consecuencia, en ambos casos su función es ejercer un poder persuasivo para controlar de alguna manera el medio externo y conquistar un estatus en una jerarquía configurada por un orden social de tipo piramidal, donde el estatus está dado por una intrincada red de relaciones de poder y subordinación. Los adolescentes desde su socialización en la familia y luego en el colegio y sobre todo con el grupo de pares son conscientes de este reto: *“No es que uno use la violencia para algo [...] eso (la violencia) se da nomas sin que uno quiera [...] por ejemplo para defenderte [...] si no sos fuerte la gente te pasa por encima”* (E25, Colegio público); *“A veces uno tiene que mostrar cierto poder para que la gente te respete”* (E11, colegio privado); *“También muchas veces evitas que algo peor pase, como por ejemplo para evitar o terminar una pelea entre compañeros [...] cuando jugamos futbol pasa eso”* (E17, colegio privado).

A modo de resumen de todo lo expuesto en este capítulo, presentamos el siguiente cuadro de sistematización de las distintas posiciones discursivas

Cuadro 5. Resumen de los hallazgos

Creencia Origen masculinidad	Dinámica Familiar	Masculinidades en relación a otros varones	Relación con mujeres	Actitud hacia la homosexualidad	Percepción de la violencia	Construcción del riesgo
Escencialista	Padre autoritario	Hegemónica	Misógino	Homofóbico	Violencia solo es percibida cuando existe daño objetivo. No hay conciencia de violencia simbólica, estructural, institucional	Conductas de riesgo asociadas a la construcción de la masculinidad. Valoradas positivamente
	Padre proveedor		Paternalista			
Construccionista		Subordinada	Equitativo	Pluralista		Conductas autoprotectoras
	Padre democrático	Flexible				
Socialización ámbito familiar (escenario privado)		Socialización ámbito educativo y entre pares (escenario público)				

Finalmente, al agrupar todos los discursos emergentes en los diferentes escenarios relacionales, configura un esquema coherente que permite visibilizar trayectos discursivos que se originan en la familia y traspasa al ámbito público mediante la socialización con los diferentes actores que forman parte del mundo social de estos adolescentes.

Estos trayectos discursivos y sus implicancias serán analizados en el siguiente apartado.

6. DISCUSION

Como se ha detallado en el apartado metodológico, este trabajo parte de un diseño exploratorio el cual describe las variables de interés sin aportar una profundidad a los mismos. Si bien al principio no se planteó describir el rol de la institución educativa como agente masculinizador, en los relatos de las experiencias de vida de los adolescentes fue recurrente nombrar el contexto educativo, donde gran parte de su rutina transcurre, por lo tanto, se ha realizado un acercamiento a este contexto aportando líneas de análisis que deben ser profundizadas en futuros proyectos de investigación.

El análisis de contenido se realizó a partir de una metodología de categorización abierta, donde el entrevistador promovía la exploración de nuevas líneas discursivas que iban emergiendo en los relatos, los cuales no necesariamente estaban presentes en el guión de preguntas original. En este sentido, mediante preguntas y re-preguntas el entrevistador fue profundizando temas emergentes y cuyo interés provenía del grupo de entrevistados. Es por este motivo, que existe una sobre representación de contenidos en ciertos temas, como por ejemplo lo referente a los discursos “Hacia los demás varones”, más que en relación a las mujeres. Aquí se puede concluir, que la interacción entre pares (otros varones) ocupa un interés mayor en relación al proceso de construcción de las masculinidades, explicado por el momento evolutivo en el cual estos adolescentes están transitando: una fuerte vinculación con los grupos de pares y un progresivo interés en las relaciones eróticas-sexuales con el género femenino².

Los relatos en relación al origen, construcción y consolidación de “lo masculino” configuran discursos que generan representaciones que estos adolescentes tienen acerca de su rol como varones (identidad); a través de ello su posición relativa en el orden social y cultural dominante (estatus) y su relación con los demás miembros de dicho orden: mujeres y otros hombres (relaciones). En este sentido se observa dos tipos de discursos generales que configuran el orden social y jerárquico donde luego se inscriben y posicionan. Por un lado lo relacionado hacia ellos mismo como varones (roles, obligaciones, necesidades, expectativas); y por otro orientado a describir las relaciones con los demás (vínculos y relaciones con mujeres y otros varones).

El hombre nace, pero el varón de hace. Diferentes espacios de socialización y consolidación de las masculinidades

Los discursos acerca del origen, construcción y consolidación de las masculinidades se contextualizan en escenarios físicos y sociales bien delimitados. Se ha identificado dos escenarios principales de socialización de la masculinidad, por un lado la familia (escenario privado/doméstico) y por otro el ámbito educativo (escenario público). Este último está estrechamente relacionado con la necesidad de realizar un quiebre con la familia (vinculado con la infancia) y conquistar un espacio que les es más propio (vinculado a la adolescencia). En este sentido se observa como la institución educativa como espacio físico contiene una serie de escenarios donde la masculinidad se consolida y se expresa, siempre en relación con el grupo de pares (otros varones) y las mujeres.

Estos hallazgos coinciden con otros autores (Badinter, 1993; Olavarría, 2005; Conell, 1997; Callirgos, 2013) que afirman que uno de los principales retos que todo

² Nota del autor: ninguno de los entrevistados asumió una orientación sexual diferente a la heterosexual

adolescente varón debe enfrentar es la ruptura con todo lo “femenino” y lo “infantil”. Para los entrevistados, la conquista de la masculinidad sólo se logra mediante una ruptura con el primer escenario relacional descrito en este artículo (familia como escenario doméstico) el cual habilita la ocupación del espacio público (segundo escenario relacional vinculado con los pares) y que significaría nada menos que la conquista misma de la masculinidad adulta. La familia, de acuerdo a los relatos, no es el escenario propicio para la consolidación de una masculinidad naciente, ya que la demostración de poder, condición necesaria para esta empresa debe ser negociada con figuras de poder legítimamente establecidas (padres, madres y otros adultos). En este caso, el adolescente varón ve la necesidad de iniciar un proceso de quiebre, el cual se realiza mediante una serie de rituales de iniciación, donde entran en juego la demostración de fuerza, autonomía, control y poder frente a los demás varones de su edad y hacia las mujeres. En este sentido, los hallazgos concuerdan con las tres creencias acerca de la identidad masculina que presenta Bonino (1997): la autosuficiencia, la heroicidad entendida como competencia y la diferenciación con las mujeres.

Construcción del Riesgo en el adolescente varón

La construcción del riesgo en estos adolescentes se genera precisamente como producto de esta lucha por alcanzar la anhelada masculinidad adulta. Los entrevistados, independientemente de la concepción que tienen acerca del origen la masculinidad (visión esencialista vs constructorista), coinciden plenamente que el hecho natural de ser hombre es una condición necesaria, pero no suficiente, ya que la biología por sí sola no otorga el estatus de varón. A la luz de esta lógica, el hombre nace, pero el varón se hace.

Esta tensión descrita en el proceso de la conquista de la masculinidad es percibida por los entrevistados como parte esencial del proceso de construcción y consolidación masculina, con la salvedad que este proceso al parecer nunca acaba. La masculinidad sería un eterno camino pero nunca una llegada.

En esta lucha emerge como triunfante aquella masculinidad que se reviste de atributos tales como el aspecto físico, estatus socioeconómico, las competencias sociales, autonomía, el protagonismo, la independencia, el poder y el control sobre el medio ambiente social. Estos atributos son percibidos como condiciones necesarias para ocupar espacios de mayor jerarquía en el orden social.

Esta tensión debe ser resuelta por los adolescentes, sino el precio a pagar sería la permanencia en una posición subordinada a los varones que salen triunfantes de este conflicto. Ser un verdadero hombre para la mayoría de los entrevistados lleva consigo el reconocimiento de beneficios (estatus y privilegios negado a sus hermanas y madre, y que los entrevistados han observado durante el proceso de socialización en sus familias), pero cuyo logro no estaría exenta de costos. En este sentido, el presente estudio está en la línea de Miño-Worobiej (2008). Este autor concluye que los adolescentes con percepciones tradicionales de género tienden a identificar “ventajas” de la masculinidad relacionando esto con el ejercicio del poder y la libertad sexual.

La construcción del riesgo del varón está asociada a este costo y se inicia con los modernos rituales sociales de iniciación a la adolescencia ya descrita, donde la frontera

ente la infancia y la entrada al mundo masculino adulto debe ser traspasada. Estos rituales (inicio en el alcohol, el tabaquismo inclusive otras drogas ilegales, el inicio de la vida sexual, la competencia y el logro del éxito en cualquier ámbito de la vida social) tendrían un costo a largo plazo, en especial en los estilos de vida poco saludables que estas prácticas determinan. Siguiendo a Kaufman (1989), éstas prácticas de masculinización estarían teñidas de violencia en su ejercicio, y uno de los blancos de dicha violencia serían los mismos varones. Bajo esta lógica, la construcción del riesgo en el varón no sería más que el resultado de la conquista de una masculinidad hegemónica. Los datos que proporciona el Ministerio de Salud del Paraguay (2011) resultan contundentes: las tasas de accidentes, homicidios, suicidios, muerte asociadas al consumo de alcohol y el hábito tabáquico en varones son abrumadoramente superiores a las encontradas en mujeres, en todos los estratos socioeconómicos y rangos de edad.

Diferentes discursos configuran diferentes masculinidades

La tensión entre la realidad objetiva de ser hombre y la expectativa de llegar a ser varón presentado en el apartado anterior, debe ser resuelta con el triunfo del segundo, donde el varón en cuanto a producto de procesos sociales y culturales debe imponerse sobre lo biológico. Esta conquista presupone el privilegio de ocupar espacios de jerarquía en un orden social masculino, que va desde el polo más tradicional/hegemónico a uno más flexible/democrático, rodeado por otras manifestaciones de lo masculino marginales y subordinadas, rezagadas en el proceso de emancipación masculina. Este orden social masculino que emerge en los relatos de los entrevistados de forma constante y de la observación de la dinámica social de los adolescentes durante el trabajo de campo recuerda lo expuesto por Connell (1997), el cual define la masculinidad hegemónica como resultado de una construcción colectiva y triunfante sobre las demás y por otro lado, se vincula con la afirmación de Goffman (1963) sobre la existencia de un orden jerárquico, donde los varones dominan sobre las mujeres y otros hombres.

En esta línea, Miño-Worobiej (2008) afirma que los distintos “tipos” de imágenes de género asociados a las proyectos de vida de los adolescentes en un estudio realizado en Paraguay, condicionan sus percepciones acerca de los roles de género, reforzando aún más los hallazgos del presente estudio.

Los discursos acerca de las masculinidades encuentran un origen en el proceso de socialización familiar. En todos los casos, independientemente de la estructura, la dinámica y el funcionamiento de las familias, todas estarían organizadas a partir de un principio “masculino”, inclusive en las familias donde la figura de varón está ausente. En esos casos, el rol perdido es reemplazado por una madre-padre que asume dicha función. Este principio masculino que organiza esta unidad primaria de la sociedad, contiene una serie de roles y expectativas comunes: poder, control, autoridad, seguridad, dinero, protección entre otros. Estos elementos encuentran una expresión en los roles que los adolescentes ejecutan a partir de la demostración de una serie de atributos (físicos, psicológicos, actitudinales, sociales y económicos) que en su conjunto configuran las diferentes manifestaciones de las masculinidades descritas en el apartado de resultados (masculinidades hegemónica, subordinadas, flexibles). Según Benno de Keijzer (1998) las lecciones de género se inician en la infancia y se consolidan en la adolescencia y es en esta etapa donde, condicionado por el tipo de construcción de género que se ha socializado, se observan conductas de riesgo relacionadas a una masculinidad en la cual “el parecer” sería más importante que el “ser”. Se sobrevalora la

competencia y el éxito, se inhiben conductas de autocuidado y se fomenta la misoginia y la homofobia.

Esta descripción es introductoria para reflexionar sobre el tipo de vínculos y relaciones con las demás figuras importantes en el entorno social de estos adolescentes, en especial la relación con las mujeres y con otros varones. Comprender el tipo de socialización en el contexto familiar que experimentaron los entrevistados puede en muchos casos explicar cómo estas relaciones se reproducirán en otros escenarios sociales (colegio, comunidad, grupos de pares) y con otras figuras (maestros, parejas, amigos).

Los adolescentes se ven obligados constantemente a evaluar su medio ambiente social, y de acuerdo a las circunstancias moldear su comportamiento negociando el uso del poder o cederlo para salvaguardar alguna posición en este orden social masculino. En este sentido se observa cómo se configuran diferentes tipos de expresión de la masculinidad condicionado por la presencia y la mirada de los “otros”.

Cada una de estas etiquetas genera una demanda y de acuerdo a ella se sitúan en los diferentes espacios del orden social masculino. Este orden configura básicamente dos posiciones, la masculinidad hegemónica ocupa un espacio de privilegio y las demás masculinidades consideradas subordinadas ocupan espacios marginales. Nótese que la única masculinidad subordinada que es valorada positivamente es la que aquí hemos denominado “altruista”, siempre y cuando mantenga la actitud sumisa ante los intereses superiores del grupo. Por otro lado, el atractivo físico, el estatus socioeconómico y el ejercicio del poder a través de la agresión y violencia claramente están asociados a una “masculinidad hegemónica”. Una alternativa a estas dos categorías sería el sujeto socialmente habilidoso y asertivo que cuya autoridad emana no de la fuerza ni de la coacción, sino de la autoridad que el grupo deposita en él. Estos sujetos generalmente se oponen a la masculinidad hegemónica y tienden a defender a los marginados y subordinados.

Se ha observado que algunos adolescentes ensayan estrategias para negociar las diferentes posiciones en el orden social impuesto según estos criterios identificados. En la mayoría de los casos, las “masculinidades subordinadas” buscan aliarse con los sujetos que demuestran construcciones de género hegemónicas, de modo a estar bajo la tutela del que ostenta el poder y no ser empujado a la marginación.

En este contexto, este orden jerárquico es arbitrario y no forma parte de un contrato social consensuado. Muchos de los que asumen posiciones subordinadas lo hacen por fuerza de la marginación o por voluntad propia, partiendo de la creencia que sólo les es lícito la ocupación de ciertos espacios. Esta red social se legitima mediante el uso del poder en todas sus manifestaciones y esto luego se reproduce en otros ámbitos del ciclo evolutivo de estos adolescentes. En este sentido Connell (2003) citando a Gramsci sostiene que la hegemonía se perpetúa no sólo por el poder ejercido por el grupo dominante, sino por la resignada aceptación del grupo subordinado.

Otra característica encontrada fue el carácter móvil y dinámico de estas categorías y de los tipos de masculinidades clasificables a partir de esta caracterización. Al parecer, la representación de la masculinidad no es del todo coherente y consistente en todos los lugares y espacios en los que actúan los sujetos.

Siguiendo este orden de ideas, los adolescentes construyen y moldean sus masculinidades utilizando los recursos y estrategias disponibles en un medio dado (Connell, 1998) y esta dinámica de poder se observa más claramente en espacios donde existen menos restricciones, en especial en la calles y en el ámbito educativo (patio de recreo, espacios deportivos, fiestas, espacios públicos como plazas y calles).

El grupo de pares (como grupo de socialización) y el colegio en mayor medida y la calle como espacio alternativo (escenarios de socialización) son los más recurrentes en los relatos de los entrevistados. Son los escenarios donde las diferentes formas de ser varón se negocian, y donde algunas salen triunfantes y otras perdedoras. Son escenarios de una contante lucha de poderes, sin treguas ni armisticios donde la conquista de la masculinidad termina y se inicia casi de forma solapada.

Por último, y como elemento clave en el proceso de masculinización descrito en este apartado en relación a otros varones, se encuentra el fantasma homosexual omnipresente en esta etapa del ciclo vital. Retomando a Badinter (1993), el varón luego de demostrar que no es un niño, ni una mujer, inicia la última gran prueba: erradicar cualquier sospecha homosexual que recae por defecto en todo varón.

En los resultados se ha visto como los adolescentes gestionan esta sospecha, en especial mediante el uso de la violencia más explícita y el humor en formas de chistes y burlas. En ambos casos, el efecto es claramente disciplinador donde se castiga virulentamente lo que se “ve” (expresiones de géneros no acordes al estereotipo masculino dominante) y no lo que “existe” (orientación sexual *per se*). Esta existencia (orientación sexual) debe ser negociada con el disimulo y la normalización a la expresión de género masculina estereotipada y de esta manera, conservar un espacio, al menos subordinado en el orden social masculino liderado por las masculinidades hegemónicas.

En este sentido, Kimmel (1997) muestra la homofobia como mecanismo de control que gestiona el miedo a que algunos hombres puedan desenmascarar esta fragilidad originaria en toda masculinidad y como esto revela el peligro de no alcanzar los estándares de la verdadera masculinidad, revelando que no somos verdaderos hombres.

Como se ha descrito hasta ahora, las masculinidades van surgiendo y moldeándose en relación y dependencia de otra, sin embargo, y como sugiere Connell (1995), esta construcción de la masculinidad no puede entenderse del todo sin explorar su relación con las feminidades.

El tipo de relación entre los varones y las chicas está en función al tipo de masculinidad predominante, al menos en los espacios donde las interacciones con el género femenino se llevan a cabo. Las masculinidades más hegemónicas o agresivas tienden a tener una percepción cosificante de las mujeres, pocas veces se refieren a ellas como “mi novia” o “mi pareja”, sino se utiliza una definición muy popular entre los varones en Paraguay: “mi pendeja”. La pendeja sería una mujer que es vista más como un objeto sexual que como uno afectivo, de hecho, cuando lo afectivo entre en juego comúnmente la pendeja pasa a ser la “novia”. La amistad entre el hegemónico y la mujer no es un fin en sí mismo, sino un medio para acceder finalmente a ella, en otro plano. En este contexto, existe una atracción permanente por las mujeres pero sobresale una cosificación de sus cuerpos: la mujer termina siendo “desmembrada en función de los intereses sexuales del hombre” (Horowitz & Kaufman (1989. En: Kaufman ed., 1989: 65-9). En sentido

opuesto, los varones que muestran masculinidades subordinadas tienden a establecer vínculos más de amistad que de tipo erótico-sexual. Estos varones son vistos como “más confiables” y menos amenazantes por parte de las mujeres, pero a su vez esta percepción los sitúa ante la mirada de los otros varones en un lugar incómodo donde la masculinidad nuevamente entra bajo sospecha, resurgiendo así el fantasma de la homosexualidad.

En resumen, tanto los discursos masculinos vinculados a las mujeres y los homosexuales guardan una clara relación, y a nivel descriptivo poseen las mismas características. Los varones con construcciones de género hegemónicas poseen una mirada misógina y homofóbica, donde el uso disciplinador de la violencia física, psicológica y simbólica tiene un objetivo de sujeción y subordinación, por otro lado, los discursos aparentemente desprovistos de violencia, mantienen una postura paternalista, donde mujeres y homosexuales son vistos como sujetos inmaduros e imperfectos que demandan cuidado y control. Finalmente, surge en menor medida discursos más flexibles, equitativos y pluralista que reconocen, valoran y celebran las diferencias como un elemento enriquecedor, y no como una amenaza o desventaja.

Como reflexión final, todo el proceso descrito hasta ahora no es comprensible sin la presencia transversal de la violencia en todas sus diferentes manifestaciones. El ejercicio de la violencia en el contexto de esta investigación, adquiere un carácter funcional a los intereses de los sujetos dominantes del orden social establecido. La violencia, en este sentido, es necesaria para mantener estable esta jerarquía social.

A nivel de contenido, los relatos acerca de la violencia muestran un distanciamiento entre el ejercicio del mismo y la responsabilidad personal. La violencia, para los adolescentes entrevistados, sería algo que sucede en el exterior y que el sujeto reaccionaría en consecuencia, por lo tanto, el autor del acto violento no sería responsable del mismo, pero sí de sus consecuencias, las cuales en última instancia estarían justificadas. En ambos casos, el ejercicio de la violencia estaría relacionado a la noción del poder y control, siendo una instrumentalización de ambos.

Algunos adolescentes, al situarse como agentes de violencia, racionalizan los hechos como eventos aislados y desencadenados por factores externos y que por definición, escapan del control de los involucrados, tomando distancia así de cualquier sentido de responsabilidad, sin embargo, al momento de expresar eventos donde se exploraba la competencia y el éxito como atributos de masculinidad, éste último (éxito) se evalúa como resultado directo del esfuerzo y del logro personal. En otras palabras, el logro del éxito es responsabilidad exclusiva del sujeto, y la violencia por el contrario, se percibe como el efecto de circunstancias externas incontrolables.

Este hallazgo tiene importantes implicancias prácticas, ya que se observa como la valoración de la violencia posee puntos ciegos que impiden a los adolescentes ejercer control sobre el mismo. La violencia ejercida sin responsabilidad alguna, reforzaría aún más la teoría del varón como factor de riesgo para sí mismo y los demás (Kaufman, 1989).

7. CONCLUSION

El trayecto discursivo extraído a partir de los relatos analizados, parte sin duda del significado que los sujetos otorgan a su primer escenario relacional, en este caso, la familia como primera institución masculinizadora. Las creencias asociadas al origen y la construcción de la masculinidad condicionarían la posición que estos varones asumen frente al “mundo” y a “los demás”.

Estos caminos discursivos muestran una relación coherente entre los diferentes posicionamientos ontológicos en relación al origen de sus masculinidades y la posterior construcción y expresión de sus respectivas identidades de género, proceso que por definición es de naturaleza social y relacional. Las concepciones “escencialistas” que sobrevaloran el papel de la naturaleza en la formación identitaria masculina se vinculan de forma clara con discursos masculinos hegemónicos y paternalistas. La sobrevaloración de atributos como el poder físico, económico y simbólico, y sobre todo, el ejercicio funcional de la violencia son percibidos como necesarios para situarse en la posición más privilegiada al interior del orden jerárquico masculino. Las principales víctimas de este triunfo de las masculinidades hegemónicas resultan ser otros varones con construcciones de género marginales (los cuales ocupan posiciones subordinadas) y en especial las mujeres y los varones homosexuales. Por otro lado, aunque en menor medida, emerge otro camino alternativo, el cual parte de una interpretación “construccionista” del género, habilitando una serie de discursos más flexibles, equitativos y pluralistas. En este último caso, estos varones son conscientes de las consecuencias nocivas de la masculinidad hegemónica y abren una nueva alternativa de expresar sus masculinidades emergentes, explorando nuevos escenarios donde se valoriza más las habilidades sociales, la intimidad y las relaciones simétricas con su entorno social.

A pesar de no haber analizado a profundidad las diferencias discursivas de acuerdo al estrato socioeconómico de los adolescentes entrevistados³, a nivel netamente descriptivo se identifica a priori que los varones provenientes de colegios públicos (estrato socioeconómico medio-bajo) se adhieren en mayor medida al trayecto discursivo escencialista-masculinidad hegemónica- relaciones con mujeres y varones gay de tipo misógino/homofóbico/paternalista y sobrevaloración de conductas de riesgo como condición necesaria para la masculinización. Por otro lado, los estudiantes de colegios privados (estrato socioeconómico medio-alto) trascurren de forma más notoria por el trayecto construccionista- masculinidades flexibles- relaciones con mujeres y varones gay de tipo paternalista/equitativo/pluralista y con una mayor conciencia de asumir actitudes y conductas menos riesgosas y socialmente ecológicas⁴.

La masculinidad por lo expuesto hasta aquí, encierra una serie de pruebas y rituales de iniciación consensuados entre los pares, los cuales implican el auxilio del poder como

³ En principio, no se planteó este objetivo en el protocolo de investigación, sin embargo, los hallazgos muestran diferencias discursivas según el estrato socioeconómico de los adolescentes. En este sentido, se plantea aquí una descripción de estos hallazgos y se propone un abordaje más profundo en futuros artículos desarrollados a partir de los resultados de esta investigación.

⁴ Este último hallazgo habilita una línea de investigación acerca de la influencia de variables como la situación socioeconómica, nivel de instrucción, lengua materna (español-guaraní) entre otras, sobre la construcción, vivencia, significación y expresión de las masculinidades. Este trabajo debe ser desarrollado a profundidad en futuras investigaciones.

principio ordenador y en ocasiones instrumentalizado por la violencia en sus diferentes manifestaciones. Esta sinergia entre poder y violencia moldean en última instancia los trayectos discursivos descritos en el párrafo anterior, y la complementariedad de los diferentes elementos que la constituyen.

Como aporte teórico, este estudio exploratorio se suma a otros autores y propone abandonar la creencia acerca de un discurso unívoco sobre la masculinidad, aunque sin dudas, resulta evidente la presencia clara de una masculinidad hegemónica y tradicional a lo largo del contenido discursivo, en sintonía con todo el desarrollo teórico expuesto en el presente trabajo. Sin embargo, esta masculinidad hegemónica co-existe con otros tipos y manifestaciones de lo masculino, los cuales se complementan y se legitiman mutuamente.

En esta línea, otra característica observada es el carácter dinámico y situacional de estas masculinidades. Los discursos, imágenes y representaciones descritos en este estudio no pretenden constituirse en categorías cerradas ni excluyentes. Ninguno de los relatos analizados presenta un “estado puro”, sino que muestran una variedad de líneas discursivas acerca de las masculinidades, las cuales se van intercambiando de acuerdo a los diferentes contextos y circunstancias. Así, la expresión de las masculinidades se expresa en múltiples escenarios sociales y frente a diferentes actores insertos en ellos. Una misma persona puede expresar un discurso “paternalista” para ciertas personas y en ciertos escenarios, pero posteriormente virar a un discurso “misógino/homofóbico” o más “equitativo”, si este contexto social es modificado o si las personas y los vínculos formados con ellas son diferentes.

La construcción de estas múltiples maneras de ser varón se realiza dentro de una compleja red de interacciones y de negociaciones del poder, evaluando constantemente ciertos atributos y en función a ello asumiendo posiciones en el orden social establecido y donde es visibiliza de forma constante, la presencia del concepto de poder y violencia.

La violencia en sus diferentes manifestaciones, en este contexto, es funcional al logro de estos objetivos (posicionamiento en el orden jerárquico). La violencia como tal, presenta puntos ciegos para los adolescentes entrevistados, donde éstos sólo perciben la obviedad del fenómeno cuando el daño ocasionado es objetivo y visible. En otros casos, las pequeñas y solapadas acciones de dominación son naturalizadas, y como tal no están a la vista del observador.

Por todo lo expuesto hasta aquí, se concluye que las masculinidades hegemónicas y paternalistas constituyen un claro factor de riesgo para el bienestar de las mujeres y de los mismos varones. Este desequilibrio de poder configura un verdadero problema social que agudiza y perpetua importantes desigualdades sociales, económicas y políticas entre los géneros y al interior de los mismos, erigiéndose como un obstáculo importante en el desarrollo de los países a largo plazo. Uno de los principales objetivos de los antiguos Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), retomados y actualizados actualmente en la agenda post-2015, bajo la denominación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) es cambiar las estructuras que perpetúan las desigualdades sociales, y uno de los pilares de este compromiso es reducir las brechas de género existentes en nuestros países.

Mantener la invisibilidad de las masculinidades en la producción académica y el debate político es mantener la desigualdad de género tanto en su aspecto material e ideológico.

Si bien, todo esfuerzo orientado al empoderamiento de las mujeres debe continuar, pensar en una agenda de equidad integral sin la participación de los hombres y el debate crítico de las masculinidades estaría orientado al fracaso. En este sentido, visibilizar la masculinidad en la producción teórica de género tiene implicancias políticas, así como incluir a los hombres en la agenda y debate sobre población y desarrollo.

El Paraguay, basado en su historia reciente y en sus raíces culturales, se ha convertido durante los últimos 200 años de vida independiente, en un escenario donde la figura del varón ha sido privilegiada. El país, marcado hasta hoy por la tragedia de una guerra (1865-70) que diezmo la población masculina y que a partir de ahí, ha elevado la condición del “varón guerrero, valiente y heroico” a niveles de mito, sumado esto a los 35 años de dictadura militar (1954-89) que promovió la concepción de una nación alineada al ideal de Dios, patria y familia, una suerte de triada masculina donde simbólicamente las mujeres y otras identidades no tradicionales están excluidas de este discurso nacional, han configurado en el imaginario popular una representación de los géneros marcadamente asimétricas . Los adolescentes de este estudio, si bien son una generación que ha nacido bajo la democracia, son hijos de padres y madres socializados durante el rigor de la dictadura y bajo un discurso de nación absolutamente patriarcal. A partir de este contexto histórico-social, y según los hallazgos de este estudio, los adolescentes entrevistados han sido criados con los mismos estándares que sus progenitores, instalando en ellos los mandatos y creencias rígidas de género que han condicionado de alguna manera sus discursos acerca de la masculinidad descritos a lo largo de este artículo.

A pesar de lo expuesto, emerge de forma tímida pero contundente, un nuevo discurso basado en la equidad y pluralidad que abandona el uso de la violencia como estrategia masculinizadora. Estas nuevas masculinidades abren una puerta que permite crear alternativas válidas que promueven el desarrollo de una generación de hombres saludables y ecológicos, que ya no sean un factor de riesgo para ellos mismos y para los demás, contribuyendo así, al desarrollo de un Paraguay más justo, equitativo y democrático.

8. Bibliografía

1. Badinter, Elizabeth (1993). *XY, La identidad masculina*. Madrid: Alianza
2. BECA/UNICEF (2010). *Estudio sobre Maltrato Infantil en el Ambito Familiar. Paraguay*. Documento de Trabajo. Asunción, Paraguay
3. Keijzer Fokker, Benno (1998). "¡Último, vieja!". *Socialización y construcción de identidades masculinas. Ponencia presentada en el Seminario Internacional "Nuestras niñas, derecho a la equidad desde la infancia"*. México, D.F., agosto de 1998.
4. Calderón (2009). Reportaje "El Harem Paraguayo" en Diario el País de Madrid (Madrid, España) 2 de mayo de 2009. Disponible en: http://elpais.com/diario/2009/05/02/internacional/1241215206_850215.html (Visitado el 08 de enero de 2016)
5. Centro Paraguayo de Estudios de Población (CEPEP), USAID, Centers for Disease Control and Prevention (CDC), UNICEF e International Planned Parenthood Federation (IPPF) (2009), *Encuesta Nacional de Demografía y Salud Sexual y Reproductiva 2008*, Asunción: CEPEP.
6. Connell, Robert. (1995). *Masculinidades*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.
7. Connell, Robert (1998). "Enseñar a los chicos: nuevas investigaciones sobre la masculinidad y estrategias de género para la escuela". En *Kikiriki*. No. 47. Pp. 51-68.
Press.http://www.quadernsdigitals.net/index.php?accionMenu=hemeroteca.VisualizaArticuloIU.visualiza&articulo_id=6693, visitada el 11 de enero del 2016.
8. Connell, Robert. (2007). *Masculinidades, poder y epidemia: mensajes de investigación social*. En *Politizar las masculinidades: Más allá de lo personal*. Simposio Internacional en torno a lecciones aprendidas sobre VIH, sexualidad y salud reproductiva con áreas para repensar el sida, el género y el desarrollo. Press.
<http://www.redpositiva.red2002.org.es/documentos/art%C3%ADculos/masculinities.pdf>. Visitada el 10 de enero del 2016.
9. Connell, Robert. *La organización social de la masculinidad*. En: Lomas, C, comp. (2003). *¿Todos los hombres somos iguales?. Identidades Masculinas y Cambios Sociales*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
10. Corvalán, Graciela (2013). *Movimiento Feminista Paraguayo. Su construcción social*. Colección Kuña Rekó. Editorial Servilibro. Disponible en: http://www.portalguarani.com/3027_graziella_corvalan/22197_movimiento_feminista_paraguayo_su_construccion_social_por_graziella_corvalan.html. (Visitado el 13 de enero de 2016)
11. Dávalos, Juana (1987). *La mujer paraguaya a través de los ñe'ënga*. En : Enfoques de mujer, GEMPA/CPES, Año 2, marzo 1987, pp.28-29

12. Diario ABC Color (Asunción) 29 de agosto de 2010. Disponible en: <http://www.abc.com.py/edicion-impres/locales/el-machismo-forma-parte-de-la-cultura-paraguaya-153177.html>. (visitado el 18 de diciembre de 2015)
13. Fernández de Sanmamed M. (2006). *Diseño de estudios y diseños muestrales en investigación cualitativa*. En: Vazquez-Navarrete M, coord. (2006). *Introducción a las técnicas cualitativas de investigación aplicadas en salud*. Cursos GRAAL 5. Primera edición. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona;
14. Fuller, Norma (1997). *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
15. Goffman, Ervieng (1963). *Stigma*. Englewoods Cliffs, NJ: Prentice Hall
16. Kaufman, Michael, ed. (1989). *Hombres: Placer, Poder y Cambio*. Santo Domingo: CIPAF (Centro de Investigación para la Acción Femenina).
17. Kaufman, Michael (1989). *Hombres: placer, poder y cambio*. Santo Domingo: CIPAF
18. Kimmel, Michael. *Masculinidades globales: restauración y resistencia*. En: Sanchez-Palencia, C. e Hidalgo, JC, Eds. (2001). *Masculino Plural. Construcciones de la Masculinidad*. Ediciones de la Universitat de Leida.
19. Kimmel, Michael (1997). *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina*. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José, eds. (1997). *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago: Ediciones de las Mujeres No. 24. ISIS Internacional. FLACSO-Chile.
20. Lamas, Marta, comp. (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG-Porrúa, Las Ciencias Sociales, Estudios de Género.
21. Lamas, Marta (1995). *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género*. La ventana 1995(1): 9-61.
22. Lomas, Carlos (2003) *¿Todos los hombres son iguales?. Identidades masculinas y cambios sociales*. Barcelona: Paidós Contextos.
23. MSPBS (2011). *Primera Encuesta Nacional de Factores de Riesgo y Enfermedades No Transmisibles*. Paraguay.
24. MSPBS/OPS. *Indicadores Básicos de Salud*. Paraguay, 2012
25. Miño-Worobiej, Ariel. (2008). *Imágenes de género y conductas sexual y reproductiva*. Salud Pública de México, 50(1), 17-31. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0036-36342008000100008&lng=es&tlng=es. (Visitado el 17 de junio de 2015)
26. Negrete, Martin y Luciano, Diny (2013). *Diagnóstico de Género para la Respuesta al VIH en Paraguay*. Reporte. ONUSIDA, Asunción, Paraguay.
27. Nieto, José, ed. (2003). *Antropología de la sexualidad y la diversidad cultural*. Madrid: Talasa Ediciones.
28. Olavarría, José (2005). *La masculinidad y los jóvenes adolescentes*. En *Docencia* No. 27. Chile: Colegio de profesores de Chile A.G.
29. Ostegui Pascual, R. (1999) *Política y Sociedad*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

30. Poder Legislativo. Ley N° 1264 “Ley General de Educación”. Disponible en : <http://www.pol.una.py/sites/default/files/files/reglamentos/Ley1264GeneralDeEducacion.pdf> (visitado el 20 de enero 2016)
31. Scott, J.W. (1996). *El género: una categoría útil para el análisis histórico*. En: James, A y Nash, M. (1990). *Historia y Género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Reproducido en Lamas, 1996
32. Seidler V. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México, D.F.: Paidós, Universidad Nacional Autónoma de México, PUEG y CIESAS.
33. Swain, Jon (2005). “Masculinities in Education”. En M. Kimmel, J. Hearn y R.W. Connell (edts.): *Handbook of studies on men and masculinities*. United States America: Sage Publications. Inc. Pp. 213-229. Disponible en: http://books.google.com.ec/books?id=UvAZD45BMDoC&pg=PA213&lpg=PA213&dq=jon+swain:+masculinity+and+ducation&source=bl&ots=UIp7YMRG Su&sig=MyOluxCHpXesNRZbuJau7tFzoo&hl=es&ei=ROtTOLKPMP88AbavvHXBA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=2&ved=0CCIQ6AEwAQ#v=onepage&q=jon%20swain%3A%20masculinity%20and%20education&f=false (visitada el 10 de enero del 2016=)
34. Tecla, J. (1995). *Antropología de la violencia*. México, D.F: Taller abierto
35. Valles, M. (2002) *Entrevistas cualitativas*. 2nd ed. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
36. Villaseñor-Farías M, Castañeda-Torres J (2003). Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes. *Salud Publica Mex* 2003;45 supl 1:S44-S57.
37. Viveros Vigoya, Mara (2003). *Perspectivas latinoamericanas actuales sobre la masculinidad*. En: Tovar Rojas, Patricia (ed.): *Familia, género y antropología. Desafío y transformaciones*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Pp. 82-129.